

LA DESGLOBALIZACIÓN Y EL RENACIMIENTO DE LA GEOPOLÍTICA: DE FRANCIS FUKUYAMA A ALEXANDR DUGUIN

DEGLOBALIZATION AND THE RENAISSANCE OF GEOPOLITICS. FROM FRANCIS FUKUYAMA TO ALEXANDR DUGUIN

Fernando Arroyo Ilera¹

Los recientes acontecimientos que están conmoviendo el mundo, sobre todo la pandemia de la COVID-19 y la guerra de Ucrania y más recientemente el nuevo conflicto de Oriente Medio, obligan a realizar un análisis geográfico de los mismos, pues se trata en gran medida de fenómenos con importantes repercusiones sobre el territorio y sobre las relaciones de este con la sociedad, aspectos que siempre han sido temas de atención de la Geografía Humana y particularmente de la Geografía Política. Ello resulta más necesario en estos momentos, cuando cada vez es más evidente que la Globalización, que desde finales del siglo pasado había sido vista como el proceso llamado a superar el enfrentamiento de la Guerra Fría, empieza a dar muestras de agotamiento y de crecientes contradicciones.

En efecto, cada vez resulta más evidente que ese proceso globalizador no fue más que un espejismo, una ilusión generada por la coincidencia de una serie de acontecimientos de indudable transcendencia cada uno, pero sólo mínimamente relacionados entre sí. Algunos de estos tuvieron una especial incidencia en el panorama internacional, pero sin que, al principio, fueran vistos como el inicio de una nueva era. Ese fue el caso del fin del sistema de Bretton Woods o de las nuevas tecnologías de la información, también de la creación

¹ Real Sociedad Geográfica. fernando.arroyo@uam.es

del euro, de la creciente liberalización e integración de China en la economía capitalista y, por último, la caída del muro de Berlín con toda la carga icónica que ello supuso.

Sin embargo, al tiempo que se daban todos esos acontecimientos que, por supuesto, apuntaban hacia un mundo cada vez más global, se daban otros que parecían anunciar todo lo contrario, como las guerras de Irak y de los Balcanes, el ataque a las Torres Gemelas o la crisis de 2008, creando una situación en el que pervivían la mayoría de las contradicciones de la Guerra Fría, sólo neutralizadas en apariencia, generando así un tiempo de incertidumbre y de pesimismo, conocido como la posmodernidad, que caracteriza el tránsito del siglo xx al XXI y que ha quedado reflejado en la obra de muchos autores. Así, para Lyotard los avances en la técnica, que han conseguido dominar la naturaleza, no suponen una mejora sustancial para la humanidad, pues esta es la primera en quedar sometida también a esa misma técnica. Así Dani Rodrik (2012) habla de la «paradoja de la globalización» y Edgar Morin (2008) de un mundo que carece de esperanza y se encamina «hacia el abismo». Y sobre todo es fundamental la obra ya clásica de Zygmunt Bauman (2007): *Tiempos líquidos, vivir en una época de incertidumbre* (Arroyo, 2018: 252), para quien, en una época de cambios constantes, nada es lo que parece, lo que genera una permanente sensación de «cambio líquido» en las relaciones humanas.

Pero se prefirió ignorar todas estas reflexiones y advertencias propias de la posmodernidad y adscribirse a la prometedora ensoñación de un mundo global, regido por un mercado también global que conduciría a una sociedad feliz y al *fin de la historia*. Sueño del que la sociedad despertó bruscamente con la pandemia y con la guerra.

Entre esos olvidos e ignorancias podemos citar la de la Geografía Política y la de la Geopolítica, unas disciplinas mitad geográficas y mitad políticas, que se remontan al mismo momento en el que el hombre descubrió la influencia que el territorio ejerce sobre su vida, sus relaciones sociales y los mecanismos de poder que permiten la dominación de unos grupos sobre otros. Se trata pues de un conocimiento esencial para comprender la historia de la Humanidad, de su pasado, de su presente y una herramienta esencial para prever su futuro, especialmente adecuado para analizar las situaciones conflictivas y las épocas de crisis. Por ello hubiera servido, sin duda alguna, para prever y prevenir las circunstancias en que ahora nos encontramos. Sin embargo, desde finales de la Guerra Mundial, la Geopolítica ha sido una disciplina criticada y denigrada tanto en el mundo académico como en el político. Por eso, no nos llama la atención que, ante los graves problemas citados, que han convertido

nuestro tiempo en una época de inseguridad e incertidumbre, se esté volviendo a la Geografía Política y a sus principales aportaciones de tiempos pasados, buscando en ellos la explicación que ni el economicismo de los tecnócratas, ni la decepción de los posmodernos fueron capaces de prever.

Por otro lado, ante la conmoción provocada por esos acontecimientos, se ha pretendido buscar una explicación considerándolos como fenómenos imprevisibles, que de forma repentina han surgido y trastocado el supuestamente bonacible panorama mundial. Lo que un conocido escritor y politólogo libanés, nacionalizado norteamericano, Nassim Nicholas Taleb, bautizó, hace unos años, como «cisnes negros»:

Lo que aquí llamamos Cisne Negro es un suceso con los tres atributos que siguen: es una rareza pues habita fuera de las expectativas normales, porque nada del pasado puede apuntar de forma convincente a su posibilidad. Segundo, produce un impacto tremendo. Tercero, pese a su condición de rareza, la naturaleza humana hace que inventemos explicaciones de su existencia después del hecho, con lo que se hace explicable y predecible [...] Imaginemos simplemente qué poco de nuestra comprensión del mundo en las vísperas de los sucesos de 1914 nos habría ayudado a adivinar lo que iba a suceder a continuación (No vale engañarse echando mano de las repetidas explicaciones que el aburrido profesor del instituto nos metió a machamartillo en la cabeza) ¿Y del ascenso de Hitler y la posterior Guerra Mundial? ¿Y de la precipitada desaparición del bloque soviético [...] Las tendencias, las epidemias, la moda [...] Todos siguen esta dinámica del Cisne Negro (Taleb, 2011: 24).

Este significativo párrafo está escrito en el 2007, cuando evidentemente su autor no pudo predecir, en lógica con su teoría, los importantes acontecimientos, Cisnes Negros, que nos han tocado vivir desde esa fecha: pandemia, guerra, crisis, hambre, etc. que, a modo de nuevos Jinetes del Apocalipsis, han desolado el panorama de nuestro mundo en los últimos años y que ahora, es decir *después* de haberse producido, nos empeñamos en explicar. Pero, aceptando el impacto que en la vida humana, social individual, tiene lo impredecible y lo imprevisto, es necesario matizar dicho efecto, pues muchas veces se trata de acontecimientos o fenómenos cuya posibilidad se ha preferido ignorar a propósito. Por ejemplo, sin querer polemizar con el conocido politólogo libanés, el ascenso de Hitler al poder, sino adivinado, fue advertido por el mismo Keynes, como es sabido, y lo mismo podemos decir, como evidencia del riesgo de guerra sentido por el gobierno francés, la construcción de la Línea Maginot, aunque luego sirviera de muy poco. Respecto a *la*

precipitada desaparición del bloque soviético volveremos más adelante, pues constituye uno de los argumentos esenciales de este trabajo. Y con ello no pretendemos reivindicar al *aburrido profesor* que Taleb debió tener en su Liceo de Beirut.

Sus reflexiones sobre lo impredecible, bajo la aguda metáfora del Cisne Negro, son el colofón y en cierto modo también el complemento, del exagerado optimismo y esperanza que, tras la caída del muro de Berlín, se extendió por todo el mundo occidental coincidiendo con las perspectivas del nuevo milenio y con el citado *fin de la Historia*. El cambio de centuria coincidió con un ambiente de general de optimismo, más o menos mediatizado y promovido por las grandes corporaciones de la comunicación, y definido por la globalización, el mercado único, los objetivos del milenio, etc. en el que, por fin, se iba a vencer el hambre, las enfermedades, las guerras, etc. Pero veinte años después el panorama que nos encontramos es muy distinto.

No es la primera vez que ello ocurre. Hace ahora poco más de cien años, en el tránsito de los siglos XIX al XX, se vivió una situación parecida. Tras cuarenta años de extraordinarios esplendor (entre 1870 y 1914), bautizados como la *belle époque*, sobrevinieron otros tantos años de penalidades y crisis, que cambiaron bruscamente el panorama e iniciaron la *Decadencia de Occidente* (1918-1923), como titulara Spengler (1936) a su obra más conocida. *La época que termina en agosto de 1914 ha sido un episodio extraordinario del progreso económico del hombre [...] el apogeo del mundo liberal y capitalista*, decía Maurice Crouzet (1961:7), citando a Keynes, para referirse a ese periodo, que otro historiador, Charles Morazé (1965: XI), definió como la: *¡Época de 1900, la buena época! ¡Qué orgullo ser burgués y qué orgullo ser europeo!* Ambos autores buscaban explicar situaciones diferentes pero relacionadas, para lo que terminaban con reflexiones que, trasladadas a nuestros días, no pueden ser más inquietantes. Y algo similar podríamos decir del tránsito del siglo XVIII al XIX, con el fin de la Monarquía Absoluta de origen divino, la Revolución Liberal y el auge y derrota del Imperio Napoleónico, etcétera.

Esa es la cuestión que ahora nos preocupa: ¿hasta qué punto estamos a punto de repetir la Historia? ¿Por qué de nuevo y al igual que hace cien, doscientos o más años, la Geopolítica se está convirtiendo en el conocimiento estratégico, no sólo de los Estados Mayores o de los geógrafos, sino de políticos, periodistas y comentaristas de diversa procedencia que recurren a ella, con escasos conocimientos de causa, para intentar explicar y predecir las contradicciones de un mundo en crisis?

LA GEOGRAFÍA POLÍTICA: AUGE Y FRACASO DE UNA DISCIPLINA MALDITA

Pero volvamos al principio. Ya hemos dicho que la Geopolítica es una ciencia híbrida, mitad Geografía y mitad Política, que en los últimos cincuenta años ha sido objeto de juicios muy negativos, como los formulados por Carl Sauer: *la hija descarriada de la familia geográfica*, Briand Berry: *agua pútrida y estancada de la Geografía* y John Muir que, más matizado, añade: *la más atrasada y subvalorada de las ramas geográficas, a pesar de su potencial teórico y práctico*. En ese potencial radica a la vez la razón de su éxito y de sus críticas, pues si por un lado permite estudiar las relaciones entre territorio, población y poder, por otro ha caído frecuentemente en tergiversaciones por intereses ideológicos, exagerándose la orientación determinista hasta el absurdo. Es esa influencia determinista la que si, por un lado, fue responsable de las críticas citadas, por otro es la razón de su renacimiento en nuestros días, como instrumento de análisis de la actual situación de nuestro mundo. Casi nos atreveríamos a decir que la Geopolítica renace en las épocas de crisis e incertidumbres, de guerras y conflictos, intentando explicar esas situaciones problemáticas, pero decae y se ignora en las épocas de estabilidad y seguridad. Lo que Lacoste resumió admirablemente como «la Geografía de las crisis para hacer frente a la crisis de la Geografía».

Así concebida la Geografía Política y la Geopolítica constituyen una forma de analizar la realidad de nuestro mundo estable y predecible, cuando este empieza a dejar de serlo. Un mundo en la que todos los cisnes son blancos, diríamos parafraseando a Taleb, pero en el que muchos de ellos empiezan a cambiar de color. Pues al estudiar *las relaciones entre los factores geográficos, tanto físicos como humanos, y las entidades políticas*, como definió Sanguin a esta disciplina en 1981, poco margen hay para lo impredecible y lo imprevisto. Los factores físicos, como relieves, estrechos, pasos, enclaves, etc. están donde siempre han estado y su influencia sobre las entidades políticas: reinos, imperios, estados, etc. y otros acontecimientos del pasado: batallas, rutas, anexiones, etc. ha sido siempre la misma, aunque variando según las circunstancias históricas. Por eso mismo, Vicens Vives prefirió utilizar el nombre de *Geohistoria* para referirse a circunstancias y condiciones típicamente geopolíticas. Y por eso mismo hemos pensado que esta Geografía Política renovada puede ser una instrumento esencial para comprender la actual situación de nuestro mundo, que se mueve entre guerras, enfermedades y crisis, lo que explica el creciente interés que académi-

cos, políticos y periodistas tengan por ésta, hasta hace poco, denostada disciplina de la ciencia geográfica.

En cualquier caso, bien sea como Geopolítica, como Geografía Política o como Geohistoria, esta rama del conocimiento geográfico puede considerarse como la más antigua expresión de la Geografía Humana. Así, los griegos distinguían dos aspectos en el estudio del territorio: *Geografía Física* y *Geografía Política*, posición que se mantuvo con pocas variaciones hasta el Renacimiento, cuando como consecuencia de la evolución política y de la constitución de las primeras formas del Estado Moderno, el estudio geográfico se reforzó con una perspectiva más política y aplicada.



Figura 1.^a Tres personalidades representativas de la Geopolítica Clásica. De izquierda a derecha: **Frederich Ratzel** (1844-1904). **Camille Vallaux** (1870-1945). **Karl Haushofer** (1869-1946).

En sus orígenes fue más bien una parte de la Filosofía y de la Historia que buscaba comprender las formas de organización política de la sociedad y averiguar la influencia que el territorio y el ambiente ejercen sobre el comportamiento de los seres humanos, como puede verse en las ideas de autores antiguos, como Herodoto, para quien: *La Naturaleza determina al Estado y al carácter de sus ciudadanos*, o ilustrados como Montesquieu, según el cual *Las tierras risueñas producen hombres afeminados*. A este último se debe también la teoría, claramente determinista, que correlaciona la fertilidad del suelo y las condiciones climáticas con la forma de organización social y política de un país. Teorías que han estado vigentes hasta nuestros días (Ellsworth Huntington, *Civilización y Clima*).

A partir de 1750 y durante más de dos siglos, la Geografía Política se convierte en un elemento esencial del pensamiento político, como una consecuencia de la aparición del Estado moderno, de las unificaciones nacionales de Italia y Alemania, de la conflictividad entre los principales países europeos y de la expansión colonial europea. Sus postulados se convierten por ello, en un

saber fundamental en la Europa de esos dos siglos, en una parte esencial de la Ciencia Política y frecuentemente más en una ideología que en una ciencia para explicar y justificar así la conflictividad mencionada.

Es este periodo, el de la Geografía Política del Estado-Nación, con sus dos vertientes diferenciadas y enfrentadas: la alemana y la francesa, cuando tiene lugar sus principales aportaciones teóricas, pero también sus propuestas más discutibles. Por un lado, la Escuela Alemana fue la de mayor influjo intelectual, pero también la de mayor excesos deterministas, con autores esenciales como Frederich Ratzel (*Geografía Política, Leyes del Crecimiento de los Estados*) o Rudolf Kjellen (*El Estado como forma de vida*), aunque fue en el periodo de entreguerras y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando esta escuela realiza sus aportaciones más radicales y discutibles, que provocaron la mayor parte de las críticas a la Geografía Política en su conjunto. La figura más relevante de este periodo fue Karl Haushofer (1869-1946), militar, político y catedrático, fundador del *Instituto Geopolítico Alemán* en Munich, donde se elaboró una doctrina que, sobre la base a la crítica de Versalles, proporcionó los principales argumentos geográficos al expansionismo nazi.

La orientación y principales aportaciones de la escuela francesa fueron más matizadas, con una perspectiva más posibilista que determinista, propia del paisajismo de los Vidal y Demangeon, entre otros. La figura más relevante fue Camille Vallaux, con dos obras clave: *Geografía Social. El suelo y el Estado* (1910) y *Geografía de la Historia* (1917-1921), publicada esta última en colaboración con Jean Brunhes. En el Prefacio de la primera de esas obras puede leerse la intención de su autor: *separar del periodismo la Geografía Política y hacer de esta una ciencia verdadera*, palabras que parecen escritas hoy día y no en 1910.

Pero junto al Estado y la Nación como objeto de atención geopolítico, pronto empezaron a configurarse otras cuestiones condicionadas por la evolución internacional y la expansión de las naciones europeas, creándose así una especie de Geografía Política Universal, para explicar las razones geográficas de la «hegemonía mundial», cuestión muy de actualidad hace un siglo, pero que han cobrado interés en nuestros días. Por ello, son varios los temas que están volviendo a ser citados en el presente, como la disyuntiva entre países continentales y marítimos que tuvo en el almirante norteamericano Alfred T. Mahan (*La influencia del poder Marítimo en la Historia*. 1890), su teórico más notable. Mayor impacto e importancia fue la aportación de Harford J. Mackinder (*El Eje Geográfico de la Historia*. 1904) cuya tesis fundamental parece escrita para nuestros días. Mackinder, concibe el mundo como un sistema cerrado, en el que cada una de sus partes desempeña un determinado

papel debido a sus condiciones y situación geográfica. Así el corazón del continente euroasiático, que él denomina: *Isla Mundial* o *Heartland*, constituye el «área pivote», rodeada por un *Creciente Interior*, el resto de Europa y sur de Asia; y un Área insular o Creciente exterior integrada por los restantes continentes. Para Mackinder: «Quien domine el área pivote, dominará el mundo». Esta teoría fue recogida en los años cuarenta por Nicholas Spykman (1893-1943), conocido como «el Hausofer norteamericano», con dos obras esenciales: *La estrategia de América en la política mundial* (1942) y *La Geografía de la Paz* (1945), que modificó ligeramente la estructura de Mackinder, en cuanto sostuvo la necesidad de actuar sobre el Creciente Interior, que él denomina *Rimland*, para «contener» el proceso de dominio mundial generado en el Heartland de Mackinder, que entonces coincidía con la URSS. Para Spykman, la guerra es una actividad total y permanente: militar, económica, cultural psicológica, en la que todos son soldados. Sus teorías tuvieron gran influencia en la política exterior de los EE.UU., en la llamada doctrina de Seguridad Nacional, desde el «enemigo interno» de McCarthy a la «Guerra Preventiva» de Bush. Y no podemos por menos de sentir cierta inquietud, al verlas reproducidas en nuestros días.

Unos años después, en 1986, el consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, Zbigniew Brezinski elaboró su teoría del «Centro Geoestratégico Euroasiático», para la contención del enemigo, es decir la URSS y la China Popular –otra vez el Heartland de Mackinder– mediante intervenciones políticas y militares en tres frentes: Europa Occidental, Lejano Oriente (Corea del Sur, Japón e Indochina) y lo que él llama Región Prolifera de Asia Meridional (India y Pakistán). Teoría que se vio reflejada en la política exterior de los EE.UU. en el último tercio del siglo pasado.

No debe extrañar que muchos de estos planteamientos vuelvan a estar de actualidad, sólo que ahora vistos desde el otro lado, es decir desde Rusia, como analizaremos más adelante. Pero, en el intermedio, esas explicaciones geopolíticas fueron paulatinamente olvidadas cuando no radicalmente criticados, como ya hemos dicho. Y no porque los problemas que estudiaban hubieran dejado de tener importancia, todo lo contrario, sino porque las circunstancias políticas, por un lado, y la evolución científica y filosófica, por otro, se orientaron en otra dirección. Así, primero se rechazó la Geopolítica alemana por sus evidentes excesos, pero también por ser la Geografía de los vencidos. Luego fue la misma evolución de la ciencia geográfica a partir de 1960, con la aparición de la llamada «Nueva Geografía» de inspiración neopositivista, economicista y nomotética, la que se mostró incompatible con la Geografía Política tradicional, idiográfica, historicista y paisajística. Los hechos geográficos

se explicaban sólo por la racionalidad económica capitalista, que servía tanto para estudiar la localización de las ciudades de Baviera como para determinar la zona de influencia de cualquier centro comercial, por ejemplo.

En este ambiente, los temas de atención de la Geografía Política y su misma metodología, hasta entonces ligada al determinismo geopolítico, se reorientó hacia la competencia económica en lugar del conflicto militar. Dejó de ser tema de atención de los Estados Mayores, aunque no del todo, y se refugió en el ámbito empresarial y comercial, más acorde con la metodología académica. Este cambio fue admirablemente expresado en una obra de Gearóid Ó Tuathail², del que hemos extraído este párrafo altamente significativo:

los métodos comerciales han desplazado a los militares, la lógica del conflicto será expresada por la del comercio [...] la distribución del territorio se convierte en distribución del tiempo [...] de geopolítica hacia ecopolítica [...] el espacio no es más grande en geopolítica, lo es en electrónica.

En este mismo sentido Arturo Cruz Sequeira diplomático nicaragüense, al analizar el cambio en la política exterior de los EE.UU. en la década de los noventa, se expresaba en estos términos:

Con el fin de la Guerra Fría somos testigos del aparente fin del negocio de la Geopolítica y del surgimiento [...] de la Geoeconomía [...] Sus expertos en seguridad nacional (de los EE.UU.) han orientado sus energías [...] hacia la seguridad económica de los EE.UU. [...] Y de la misma manera que [...] vivían obsesionados por determinar el número de misiles, tanques y aviones [...] del ejército soviético hoy viven preocupados por comparar los índices de productividad de su fuerza laboral [...] con las del Japón y Alemania.³

Por último, también las grandes interpretaciones sobre el dominio mundial fueron oficialmente relegadas, al menos en teoría, pues al quedar el mundo dividido en dos bloques separados por razones ideológicas: capitalismo liberal frente al marxismo soviético-maoísta, no eran necesarios buscar otros argumentos, además del ideológico-económico, para explicar el enfrentamiento entre ambos sistemas. Y, cuando el bloque soviético se hundió sin que nadie fuera capaz de preverlo, sólo se pensó que ello fue debido a la mayor eficacia del sistema capitalista, sin pensar en olvidados factores geopolíticos,

² TUATHAIL, G. Ó., (1996): *Critical Geopolitics*. London: Routledge, p. 73.

³ <https://arturocruzsequeira.com/la-nueva-politica-exterior-de-los-estados-unidos/>

a pesar de que la mayoría de los conflictos de la Guerra Fría: Corea, Vietnam, Berlín, Afganistán, etc., se habían producido en alguna de aquellas zonas de tensión geopolítica, como las definidas por Mackinder o Spykam años atrás.

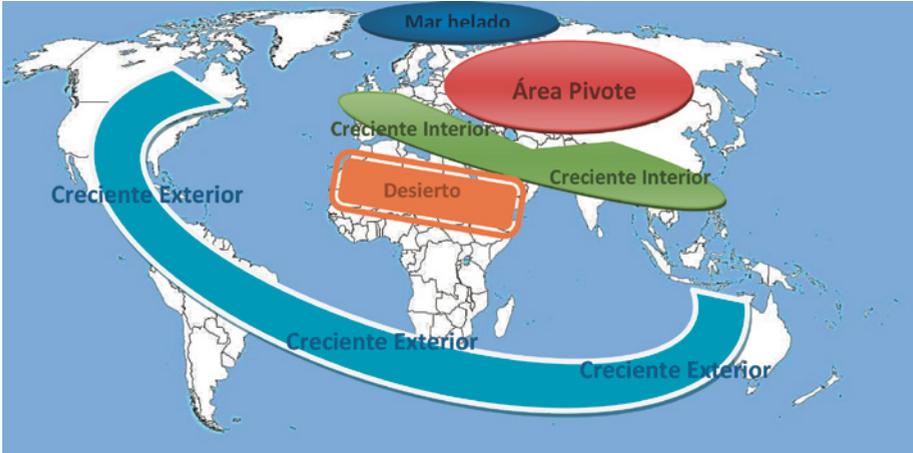


Figura 2.^a La Geopolítica del Mundo según Mackinder. La Isla Central y el Área Pivote.

En efecto, parecía que esas diferencias geográficas y estratégicas en que se había basado la política de la posguerra habían dejado de existir, como si la «Geopolítica de la Siglo xx» hubiera muerto. Fukuyama, como es sabido, firmó la partida de defunción de la Historia y, entre sus consecuencias, estuvo también, según él, la de la Geopolítica tradicional. Pero una y otra se iban a mostrar reacias a dejarse enterrar tan fácilmente, solo que su redescubrimiento en nuestros días pone de manifiesto graves deficiencias en la organización de nuestro mundo que, nos tememos, sea ya algo tarde para corregir.

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN Y EL «FIN DE LA HISTORIA»

Como acabamos de ver, la caída del muro de Berlín supuso el fin de la Guerra Fría y la inauguración de un nuevo orden internacional de indudable transcendencia. La noche del 9 al 10 de noviembre de 1989, una de las fechas emblemáticas del siglo xx, fue un momento de intensa confusión en la frontera amurallada que separaba los dos Berlines y las dos Alemanias. Parece que una equivocación del encargado del control fronterizo precipitó la apertura del muro y la caída no sólo de éste sino también de lo que Churchill había bautizado, años atrás, como *el telón de acero*. Pero, al margen de la anécdota, lo cierto es que el sistema que dicho muro pretendía proteger hacía tiempo que daba señas de su agotamiento irreversible.

En efecto, la vida de los ciudadanos de los llamados países del Socialismo real languidecía desde tiempo atrás, solo disimulado por la potencialidad militar y el férreo control ideológico. Una burocratizada planificación económica centralizada, que anulaba el interés privado, y los elevados costes militares determinaron que el objetivo de un bienestar equitativo para todos los ciudadanos, desiderata final del marxismo-leninismo, fuera quedando como un proyecto inalcanzable, en el que no creían ni los dirigentes del sistema –conocidos como la *Nomenklatura*– ni mucho menos los ciudadanos corrientes. Como ya viera Raymond Aron (1984), las necesidades de la Guerra Fría obligaron a costosos gastos militares, posponiendo los objetivos revolucionarios que eran la razón de ser del sistema, pero que tampoco sirvieron para hacer frente a la alternativa militar del adversario occidental. Por el contrario, en el mundo capitalista, las grandes empresas multinacionales que buscaban ante todo su interés privado, servían para mejorar el nivel de vida de la población y, a la vez, la capacidad militar del Estado. De forma que lo que en la URSS era un sacrificio inútil en los EE.UU. era un negocio tanto para el Estado como para los ciudadanos.

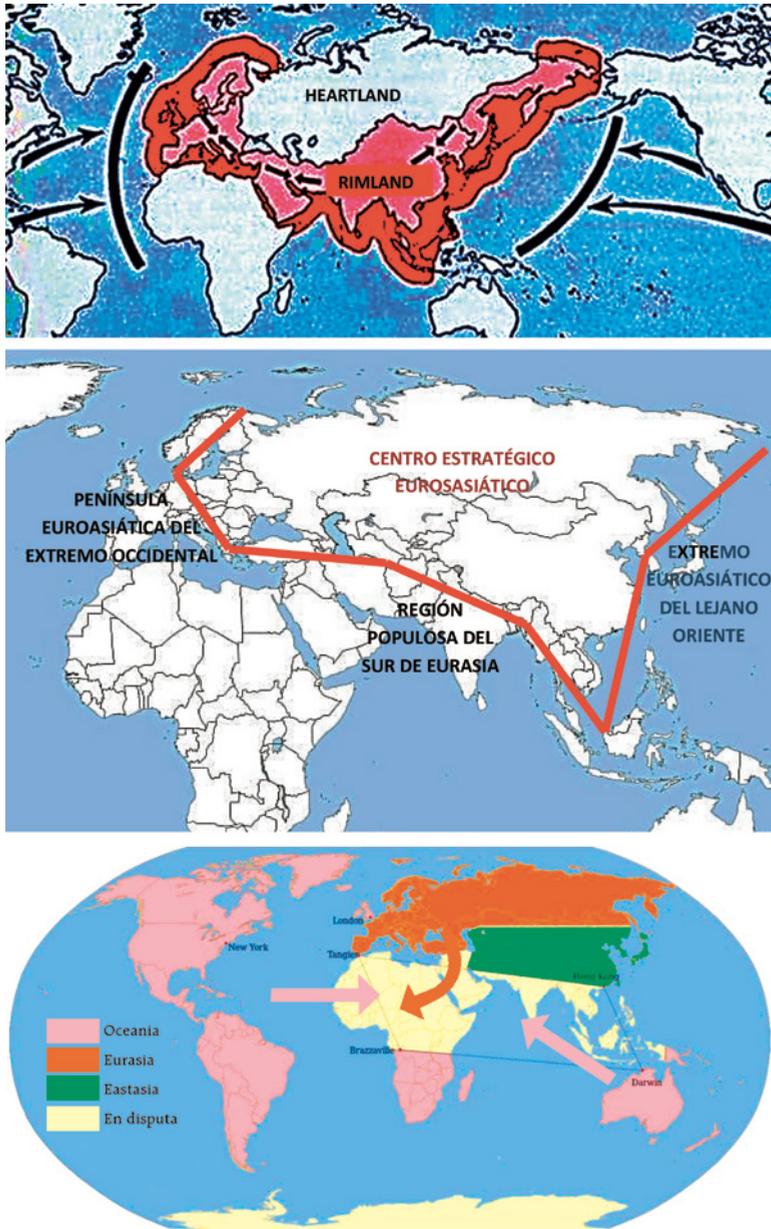


Figura 3.^a Tres manifestaciones de la influencia de las teorías de Makinder sobre la Geografía Política norteamericana: Spikman (arriba); sobre la Diplomacia y las Relaciones Internacionales de la Guerra Fría: Brezinski (centro) y sobre la Literatura: 1984 de Orwell (abajo).

Este contraste fue mucho más patente en los territorios en que ambas formas de vida coincidían y se visualizaban mutuamente, como era el caso de Berlín, donde tales diferencias estaban separadas por unos escasos metros de distancia, pero divididas por el oficialmente llamado *Muro de Protección Antifascista*, del que escaparon más de 5.000 personas, aunque a casi 200 de ellas les costó la vida. Por ello, fue allí donde el 9 de noviembre de 1989 comenzó el hundimiento del sistema soviético.

La citada clase dirigente de la URSS había caído en una completa inoperancia tanto por su falta de programa e ideas como por el agotamiento biológico de sus integrantes: Brezhnev, Andropov y Chernenko todos ellos con más de 70 años. Una nueva generación ocupó el poder con Mijail Gorbachov, de imagen y maneras más abiertas y dialogante, que inició un proceso de cambio del modelo totalitario en el interior (Perestroika y Glasnost) y de apertura a los países occidentales en el exterior. Pero seguramente era ya tarde. El fallido golpe de Estado llevado a cabo en agosto de 1991 por las unidades más reaccionarias del PCUS y del antiguo ejército rojo encumbró a un desconocido Boris Yeltsin incapaz de resistir las peticiones de independencia de muchas repúblicas soviéticas y las presiones y apetencias del cada vez más exigente mundo occidental.

La euforia fue tal que analistas y políticos de diversas escuelas y países creyeron llegada la hora del triunfo global. El enfrentamiento ideológico entre los grandes bloques había terminado con la victoria de los postulados del capitalismo liberal, desencadenando una ola expansionista del mismo, ya sin cortapisas. Pero este acontecimiento se magnificó intencionadamente como el inicio de una nueva fase de la Historia Universal caracterizada por el triunfo del mundo occidental y de sus señas de identidad más visibles: capitalismo, liberalismo, consumismo y globalización. Además, toda una generación de movimientos filosóficos, intelectuales y científicos colaboraron activamente en la construcción de ese «mundo feliz y global», como el *neopragmatismo* de Richard Rorty para el que la verdad y la bondad de las cosas deben ser medidas de acuerdo con su éxito y utilidad, lo que era evidente en este caso, aunque sólo a primera vista.

Sólo tres años después de la caída del famoso muro y cuando la Unión Soviética estaba en pleno proceso de transformación y descomposición, Francis Fukuyama un conocido politólogo nacido en Chicago pero de origen oriental, publicó su famoso ensayo: *El fin de la Historia y el último hombre*, destinado a convertirse en un referente de los nuevos tiempos. Fukuyama se aprovechó del optimismo del momento (1989-1992), cuando los acontecimientos parecían confirmar sus predicciones, ignorando que, desde unos años

antes, muchos de esos presupuestos habían sido ya anunciados, incluso denunciados por Daniel Bell en *El fin de las ideologías* (1964) y *El advenimiento de la sociedad posindustrial* (1976), pero sin que entonces fueran tenidos en cuenta.

Fukuyama era de formación humanística y había trabajado en la Administración para el Departamento de Estado y como asesor de la Corporación Rand, organización privada no lucrativa dedicada a la planificación económica y política a escala internacional. Estas dos notas de su currículum explican la finalidad de su libro: una digresión sobre el sentido de la civilización humana de estructura académica, pero con «clara intencionalidad ideológica» y múltiples aplicaciones a la realidad política que se inaugura en 1989. Un estudio de Filosofía de la Historia, que concibe a ésta como la realización del proceso colectivo de la Humanidad que se mueve hacia una meta final. Esta orientación filosófica, que fue muy común desde finales del XIX hasta principios del XX, tuvo tres tendencias esenciales, que están adquiriendo notable actualidad en nuestros días⁴:

a) Por un lado, para Hegel, el fin de la historia llegaría cuando en la sociedad no existieran contradicciones entre el poder y los ciudadanos, es decir con la democracia liberal.

b) Por el contrario, para Marx, sería la dialéctica entre sucesivos modos de producción antagónicos quien terminaría conduciendo a una sociedad sin clases que marcaría el fin de la Historia.

c) Por último, para Nietzsche, mucho más pesimista, la Historia terminará en un profundo caos de guerras, hambres y enfermedades que, dado el sombrío panorama de nuestros días, no puede por menos de resultar inquietante.

La caída del régimen soviético fue la circunstancia hábilmente aprovechada por Fukuyama para retomar la vieja perspectiva hegeliana respecto a la evolución de la Humanidad en un sentido positivo y optimista, exaltando el capitalismo global. Además, en este proceso, también interviene muy significativamente el progreso científico de la revolución digital que ha ido condicionando la organización de la sociedad en una única cultura económica-digital en todo el mundo, que cada vez más se identifica con el capitalismo global, por ser la que mejor se adapta al mencionado progreso tecnológico.

⁴ Además, en esos años se produjeron otras manifestaciones en similar sentido que también van a influir en las modernas interpretaciones sobre nuestro presente histórico. Es el caso de Dilthey, Croce o el mismo Ortega, etc. Vid. SELIGMAN, E.: *La interpretación económica de la historia*. Madrid, 1929. Y también BARRACLOUGH, G., *Introducción a la Historia Contemporánea*. Madrid. Gredos, 1993.

Hoy día resulta cada vez más evidente que Fukuyama exageró y se aprovechó del hundimiento del bloque soviético, para sostener así la idea principal de su ensayo: «el capitalismo como fin de la Historia y sistema universal de una Humanidad sin graves contradicciones», interpretación que se convirtió en la doctrina oficial de la Globalización, pero que supuso prescindir e ignorar otros factores geográficos y geopolíticos en la configuración global de nuestro mundo, lo que invalida muchas conclusiones de su ensayo y explica el panorama de preocupación e incertidumbre de nuestros días.

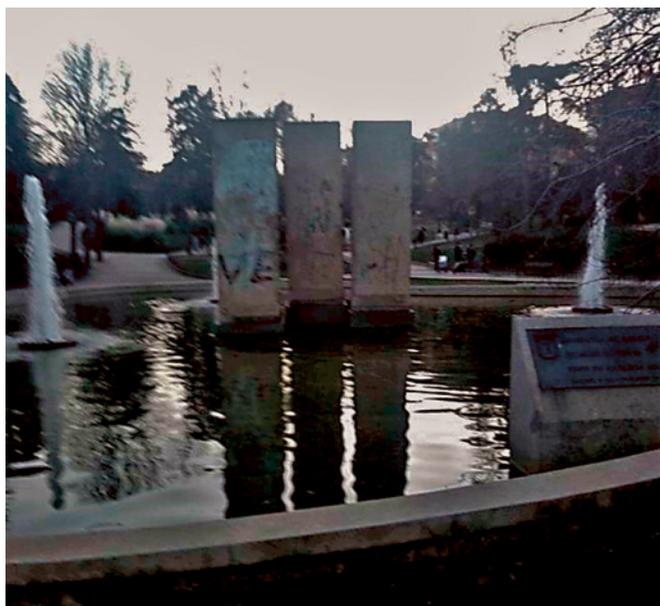


Figura 4.^a Retazos del Muro de Berlín en el parque del mismo nombre de Madrid.

LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL: CARACTERES Y CONTRADICCIONES

Con la perspectiva del tiempo pasado, es evidente que la principal conclusión de la obra de Fukuyama no se ha cumplido. Su «fin de la Historia» no supuso la desaparición de las contradicciones del mundo bipolar, sólo se transformaron en otras. No desaparecieron los grupos de poder, ni las relaciones entre el territorio y la sociedad que había constituido el tradicional objeto de

estudio de la Geografía y de la Historia. A lo largo de ésta, ha habido diferentes grupos dirigentes de la sociedad que se han ido sustituyendo según cambiaban las condiciones históricas: Nobleza, Monarquía, Burguesía, Proletariado, etc. con diferentes formas de ejercitar el poder sobre los individuos: siervos, súbditos, obreros, ciudadanos, etc. y, sobre todo con distinta dimensión territorial: polis, feudos, reinos, naciones, estados. etc. Ello quiere decir que cada una de estas etapas del pasado ha tenido su propia geopolítica, materializada en alianzas, controles, expansiones, enclaves, caminos, etc. apartados esenciales de la Geopolítica tradicional, como es sabido.

Con la globalización y sin que hayan desaparecido totalmente las anteriores formas de organización socioterritorial y sus consiguientes vínculos de dependencia, asistimos a la aparición de un nuevo elemento de poder que cada vez cobra mayor importancia: «las grandes corporaciones empresariales y financieras» que tienden a convertirse en los nuevos sujetos de «soberanía» de la época global, desplazando en ocasiones a los mismos Estados y transformando a los «ciudadanos» en meros «clientes» de sus productos y servicios, de igual forma que antes fueron «súbditos» de monarcas absolutos o «siervos y vasallos» de señor feudal de turno. Y lo que aquí más nos interesa, creando otras formas de organización territorial, con su corolario de alianzas, enfrentamientos y contradicciones, es decir, con otra Geopolítica.

Esa nueva geopolítica de la globalización fue esencialmente la creación de «un mercado único», regido por unas mismas normas de intercambio y sometido a unos objetivos comunes: optimización de beneficios, competencia perfecta, etc. que en teoría eran aceptadas por todos los agentes intervinientes en el proceso, pero desde muy distintos puntos de partida y con diferentes objetivos. De esta forma se fue configurando una especie de «mercado-mundo» (Arroyo, 2018), sin telones, muros, ni fronteras, dotado de unas notables potencialidades tecnológicas, lo que supuso una serie de cambios en la estructura de nuestro planeta, de profundo contenido geopolítico, aunque en principio pocos quisieran verlo.

Además, el modelo triunfante no fue el keynesiano de diseño socialdemócrata, sino el mucho más radical del capitalismo neoliberal de Reagan y Thatcher, lo que no fue óbice para que, al mismo, se adscribieron, con admirable celo, tanto los miembros de la nomenclatura soviética, convertidos en «oligarcas y nuevos ricos», como los integrantes del Partido Comunista Chino que pasaron de defender la dictadura del proletariado a permitir trabajos de semiesclavitud para sus ciudadanos. De esta forma, el Estado fue perdiendo funciones de dirección de la vida económica de cada país, quedando reducido al ámbito de lo meramente administrativo. La antigua concepción del Estado-

Nación como unidad económica pierde así todo su sentido, sustituida por la política global de la empresa multinacional de turno, que se materializa en la deslocalización industrial y productiva. Los agentes económicos se mueven en un solo espacio global, por lo que aprovechan las condiciones favorables de cada territorio para distribuir en cada uno las distintas y sucesivas fases de la producción, de ahí su nombre de *cadena global de valor* (CGV) que han generado deslocalizaciones en los países de antigua industrialización y todo lo contrario en los emergentes.

En estas condiciones, el Estado fue perdiendo su capacidad coercitiva sobre empresas y corporaciones, es decir, su «soberanía» que le había sido propia desde tiempo atrás, iniciándose una lenta integración de los estados en organismos supraestatales, por un lado, para organizar el nuevo espacio económico global y, al tiempo, una disgregación de sus áreas de soberanía interior. A la vez, el poder que pierde el Estado lo gana la citada gran corporación multinacional, que se convierte en la protagonista de ese mercado global. Las cuentas de resultados de muchas de ellas son superiores al producto interior de muchos países desarrollados. El objetivo esencial de estas grandes corporaciones, ya anticipadas por Galbraith en el *Nuevo Estado Industrial* (1967), es la anulación de la competencia mediante la planificación y el control de los agentes económicos, tanto de la oferta mediante prácticas de dumping más o menos legales, como sobre la demanda, fomentando el consumo mediante una publicidad agresiva y omnipresente, «convirtiendo al mercado en el nuevo sujeto de la Historia», como en su día señalara Jean Ziegler (2012).

Además, estos nuevos agentes tienen una gran capacidad de presión sobre la gobernanza económica global (Foro de Davos) y mucho más sobre los Estados. Su versatilidad territorial les concede amplias posibilidades de elusión fiscal, uno de sus objetivos esenciales, con regímenes especialmente favorables, que han dado lugar incluso a la creación y mantenimiento de Estados a su medida, los llamados *paraísos fiscales*.

Es decir, la caída del famoso muro no supuso el fin de la Historia, como pretendiera el citado politólogo chino-norteamericano, pero sí el fin de la Guerra Fría y la desaparición o atenuación del modelo bipolar que había caracterizado el panorama internacional desde la Segunda Guerra Mundial, pero con una novedad importante, como es el predominio de lo económico sobre lo ideológico y político, dando lugar a un sistema de grandes conjuntos nacionales y continentales que compiten y se equilibran en un mundo aparentemente más global, pero igual de fragmentado en la práctica, pues la globalización supuso la creación de un mercado único, pero no homogéneo, con varios conjuntos geopolíticos y geoeconómicos.

Por un lado, los países capitalistas desarrollados, con amplias posibilidades tecnológicas y elevadas rentas y consumo, que se reservan el control del sistema industrial: diseño, investigación y capital, deslocalizando las fases más elementales del proceso. En segundo lugar, los países emergentes, que se incorporan al sistema global capitalista con una infraestructura industrial técnicamente potente, pero con notables déficits de organización y competitividad debido al sistema estatalizado en el que habían vivido. Se benefician de dicha deslocalización, pero con notables inconvenientes arrastrados del pasado. Hay un tercer conjunto de países, técnicamente *fallidos*, antiguamente subdesarrollados, que carecen de casi todo y constituyen un conjunto de pobreza y miseria.

Con ciertas diferencias es posible ver en este esquema importantes supervivencias del sistema de bloques de la Guerra Fría, más o menos matizado. Primero, los EE.UU. y países occidentales, especialmente europeos; luego los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), con posibilidades de ampliación al Mundo Árabe y el deseo mal disimulado de algunos de ellos por lograr la hegemonía mundial o, al menos, de asegurarse un lugar en ese nuevo orden internacional. Por último, el mundo del subdesarrollo con sus propias peculiaridades y riesgos convertido en campo de enfrentamiento y en depósito demográfico y de materias primas de los otros dos bloques.

En este sistema, los países emergentes producen más que lo que consumen, por lo que se han convertido en exportadores netos, disponiendo de amplias posibilidades financieras a nivel global, mientras que las potencias desarrolladas de antiguo capitalismo y elevado consumo, sobre todo las europeas, han tenido que recurrir al endeudamiento internacional para hacer frente a ese consumo, deuda que muchas veces termina siendo adquirida por los mismos países emergentes antes citados. Por último, los países fallidos son el origen de una población de emigrantes en el margen de la legalidad, que constituyen el nuevo proletariado de nuestros días, un *ejército industrial de reserva*⁵ encubierto, no reconocido como tal pero fundamental para el funcionamiento del sistema (Arroyo, 2018). En definitiva, todos ganaban y todos dependían los unos de los otros, pero en un frágil equilibrio que terminó rompiéndose de forma brusca con la pandemia y con la guerra.

Ya en 2004, un conocido politólogo y sociólogo inglés, David Held, publicó un ensayo sobre la necesidad de compatibilizar la globalización con los derechos humanos y la justicia social a nivel mundial, lo que si a principios de

⁵ Término y concepto utilizado por MARX en *El Capital*, como es sabido, que se refiere a la necesaria existencia, en las sociedades capitalistas, de una parte de la población obrera excedentaria o estructuralmente desempleada, a fin de mantener bajos los salarios de los restantes obreros empleados.

siglo se mostraba como una desiderata difícil de alcanzar, hoy día se ha demostrado como totalmente imposible. Dicho autor pretendía diseñar un programa, que llamó «socialdemocracia global», para complementar la globalización económica y mercantil con actuaciones en favor de la integración, la solidaridad y la justicia social, también a escala global. Es lo que llamó un Pacto Global, que dio nombre a su ensayo, y resumió con estas palabras:

La globalización no significa americanización, no supone el deterioro de las condiciones sociales, ni de las políticas medioambientales, tampoco tiene que suponer el fin del Estado-Nación, ni de las culturas nacionales, ni se ha limitado a fortalecer el poder de las grandes empresas, etc.

Pero no pudo estar más equivocado, pues, como estamos viendo la Globalización ha resultado ser todo lo contrario de lo que Held llamara en su libro «mitos populares sobre la Globalización», y que el tiempo ha demostrado que no eran ni mitos ni populares, provocando rechazo en numerosos grupos, tanto a nivel interno como internacional. Estos colectivos rechazan la identificación entre globalización, occidentalización y neoliberalismo, dando lugar a procesos de xenofobia, neomarxismo, populismo, y a una vuelta a la situación anterior, es decir la *desglobalización*, término que empezó a usarse en 2015 y se ha generalizado tras la pandemia de 2020 y la guerra de 2022, dando así lugar a lo que podríamos llamar una «nueva geopolítica».

LA VENGANZA DE LA GEOGRAFÍA Y EL RENACIMIENTO DE LA GEOPOLÍTICA

No debe extrañarnos pues, como dijimos más arriba, que los treinta años a caballo del cambio de siglo fueran tiempos de incertidumbres y recelos, pero sin saber muy bien por qué. Esa inquietud ha quedado reflejada en numerosas ocasiones⁶, pero tal vez sea en la obra de Robert D. Kaplan: *La venganza de la Geografía*, la que mejor responda a esa incertidumbre, que ni la caída del muro, ni el fin de la Guerra Fría habían hecho desaparecer. Publicada en 2012 es, en cierto modo, la visión alternativa al ensayo de Fukuyama, pues demuestra que ni la Historia había muerto, ni el futuro era tan idílico como lo pronosticado por el capitalismo global. Por el contrario, pervivían los viejos problemas pero con una dimensión global, que los hacían más preocupantes.

⁶ Así, junto a las clásicas obras, ya citadas, de BAUMANN, MORIN y RODRIG, es significativo el subtítulo que URIBE ORTEGA, H. G., dio a su *Geografía Política* (1996): «Verdades y falacias del fin del Milenio».



Figura 5.^a Tres perspectivas geopolíticas que caracterizan el mundo presente. De izq. A dcha. Francis Fukuyama (n. 1952): *El fin de la Historia*. Robert Kaplan (n. 1952): *La venganza de la Geografía*. Alexandr Dugín (n. 1962): *La Geopolítica de Rusia*.

Son varias las razones de esas diferentes visiones del problema global de Fukuyama y Kaplan. La primera, los veinte años que separan las dos publicaciones, en los que tuvieron lugar numerosos conflictos que recordaban, o incluso superaban a los de la Guerra Fría, como las dos guerras del Golfo, la de Afganistán, la de los Balcanes, la de Libia, la de Siria, etc., en el Pacífico la permanente amenaza de Corea del Norte y las pretensiones de China sobre Taiwan y los Mares de China Meridional; y, en el ámbito de influencia de la antigua URSS., las guerras de Georgia y de Chechenia. Todas ellas, como podemos ver en zonas ya definidas como conflictivas, por Mackinder y Spykman.

En segundo lugar, el perfil intelectual y profesional de Kaplan era muy diferente al de Fukuyama, aunque ambos pertenecieran a la misma generación. Kaplan fue corresponsal en algunos de los conflictos citados, lo que le permitió comprobar sobre el terreno que la caída del muro de Berlín no había supuesto el comienzo de una nueva era de paz global bajo el capitalismo americano, como pensaba Fukuyama, sino todo lo contrario. Además, fue también asesor de la administración de Bill Clinton, lo que le permitió comprobar el contraste de un mundo, que en tan solo quince años había pasado del máximo optimismo de la era Bush a una visión más meditada y prudente que caracterizó la presidencia de Clinton.

En su libro intenta sostener con diversos argumentos la visión del mundo que le ha tocado vivir, que ha descrito como corresponsal y estudiado como politólogo, en el que las relaciones internacionales, los estados, las áreas de influencia, las guerras, el comercio, etc. están condicionados por el territorio, sus caracteres, distribución, peculiaridades. etc. aunque con una excesiva vi-

sión «americocentrista», pues para él, los EE.UU. están llamados a desempeñar un papel hegemónico, es la doctrina del *destino manifiesto*, tan querida a la política americana desde siempre.

Más objetivo se muestra al analizar otras situaciones geopolíticas de nuestro mundo, como es el caso de China, la gran potencia emergente del momento, cuyas condiciones geográficas han determinado tanto la estabilidad de sus formas de gobierno del pasado como sus actuales posibilidades para convertirse en la primera potencia del mundo. Y algo similar podría decirse de Rusia, cuya historia en los últimos siglos aparece condicionada por su Geografía, tanto la expansión imperial de la época zarista, como la del imperialismo soviético sobre la Europa Central, el Cáucaso, el Mar Negro y Siberia. Temas clásicos de la Geopolítica y de la Geografía Histórica, que explican muchos de los conflictos actuales, a pesar de haber sido ignorados por el optimismo oficialista.

En todas estas explicaciones, Kaplan retoma el viejo discurso geopolítico y se fija sobre todo en la influencia que el territorio ejerce sobre la sociedad y sus formas de organización y poder y las posibilidades e inconvenientes que el medio geográfico presenta a la actividad humana. Es decir, el argumento esencial de la Geopolítica clásica, lo que se materializa en el mapa, al que considera como expresión de los caracteres de ese medio y a partir del cual puede explicarse la situación del mundo actual.

En realidad, Kaplan debiera haber sido más preciso y referirse a la Geopolítica en lugar de a la Geografía en general o, en todo caso, a la Geografía Política que es la que ha vuelto a cobrar transcendencia planetaria con la Globalización, es decir, la que se «ha vengado», valga la expresión, de la marginación y rechazo de la que fue objeto por sus excesos, tras la Segunda Guerra Mundial.

Además, en esos mismos años tuvieron lugar otros dos acontecimientos esenciales con graves repercusiones sobre el panorama internacional: el ataque a las Torres Gemelas y la crisis de 2008. El primero de ellos supuso no sólo el ataque más grave acaecido hasta entonces contra el corazón político y económico del capitalismo global (Manhattan, Pentágono y la Casa Blanca), sino la entrada en la escena internacional de un nuevo agente clave: el terrorismo islamista. Por su parte, la crisis de 2008 fue consecuencia de la política de liberalización y desregulación seguida por los EE.UU. para facilitar la globalización económica, para lo que se derogaron incluso disposiciones establecidas tras la crisis de 1929. Ello provocó una espiral inflacionista que tuvo en las famosas *subprime*, créditos sin respaldo, su instrumento más perverso.

Una y otra vez, los acontecimientos que se han ido produciendo en este nuevo siglo, presuntamente global, evidenciaban que no nos encontrábamos al

final de la Historia, como había querido Fukuyama, sino todo lo contrario, al comienzo de un nuevo ciclo histórico de enfrentamientos y contradicciones. En estas circunstancias, el estallido de dos acontecimientos imprevistos: la pandemia del COVID-19 y la guerra de Ucrania, fueron vistos, en principio, como dos auténticos «cisnes negros», que decía Taleb, por aparecerse de improviso en el dulce panorama diseñado por el capitalismo occidental. Pero en realidad, no habían querido ser vistos, para no romper la ensoñación globalista, mantenida por politólogos, analistas y periodistas y que, sin embargo, siempre habían estado presente en el sentir de geógrafos, historiadores y literatos.

UNA PANDEMIA GLOBAL QUE ROMPIÓ LA GLOBALIZACIÓN

Por paradójico que pueda resultar, el primer efecto de la mencionada pandemia ha sido poner de manifiesto la fragilidad de las estructuras globales para hacer frente a la primera de las grandes emergencias globales de un mundo global. Una contradicción en sus mismos términos, pues la globalización, tal como se la concebía, ha demostrado ser incapaz, no sólo de evitar, sino siquiera remediar, las consecuencias más graves de esa pandemia global. De ahí la paradoja de nuestro mundo y la ficción de nuestro tiempo.

Se ha pretendido comparar la actual crisis con otras precedentes, como las de 2008, de 1929 o del petróleo, etc. Pero no hay comparación posible, pues la enfermedad de la COVID-19 es un fenómeno nuevo que evidencia los graves defectos estructurales de nuestro mundo, que se han ido gestando a la sombra de la globalización triunfante. En efecto, podríamos decir, parafraseando las dos obras anteriormente citadas que el mundo vivió confiado en el anuncio de Fukuyama, sin tener en cuentas las advertencias de Kaplan. Con ello, se fue tejiendo una estructura de relaciones sociales, políticas y económicas a escala mundial, que paradójicamente nos ha dejado inermes ante una crisis global como la recientemente sufrida.

La actual crisis tiene más que ver con catástrofes naturales o sanitarias de época preindustrial que con las crisis económicas contemporáneas. Y no sólo por el carácter exógeno de aquellas frente al endógeno de estas, sino porque una pandemia, como la de la COVID-19 supone una movilización social, de conciencias y comportamientos de los que la sufren, que nada tiene que ver con una crisis económica.

Sin embargo, una pandemia como la que ha afectado a todo el mundo entre 2020 y 2023 no es nada excepcional en la historia humana, que está jalonada por la peste, desde la antigüedad hasta el siglo xvii, por la viruela en el xviii y

primera mitad del XIX, por el cólera durante la mayor parte del siglo XIX y primera mitad del XX, y luego la gripe y otras enfermedades víricas, que desde hace unos años son cada vez más frecuentes. Cualquiera de estas epidemias históricas fue, en su momento más grave y mortífera que la actual COVID-19, hasta el punto de que Pierre George (1973: 71) definió la historia de la población preindustrial como la de *una población periódicamente diezmada*. ¿Por qué entonces la sensación de imprevisión y sorpresa?

La respuesta nos la da un famoso novelista: *Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y sin embargo una y otra cogen siempre a la gente desprevenida*, dijo Camus en *La Peste* (1947), describiendo una de las características principales de la reciente pandemia que, a pesar de ciertos anuncios que no se quisieron ver, ha cogido al mundo totalmente desprevenido, como ocurre en el Orán de la ficción de su famosa novela. Es más, sigue diciendo Camus: *¿Cómo hubieran podido pensar en la peste que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas* (Camus, 2005: 29). Argumento irrefutable que, más bien parece describir la reciente pandemia de gripe y no sólo la peste de su creación literaria.

Las enfermedades epidémicas no son cuestión del pasado, vencidas por las vacunas y los antibióticos, como se creía, sino que desde hacía unos años mostraban alarmantes indicios de resurgimiento, pero que el optimismo general, espontáneo o inducido, no permitía apreciar para no perjudicar así el consumismo general. En efecto, la coincidencia de la globalización con el cambio climático, la masificación y el consumismo han ido creando un ambiente propicio para que se produzcan nuevas epidemias que la Humanidad creía definitivamente superadas. El aumento térmico, la inmigración ilegal, la coexistencia de bienestar y miseria, la disminución de la higiene personal y colectiva, el aumento y masificación de los contactos, etc. son factores favorables al contagio de cualquier enfermedad infecciosa. Cada vez son más frecuentes transmisiones de enfermedades entre especies diferentes, con cepas resistentes que evolucionan con rapidez, y ante las que la medicina carece de mecanismos de defensa, al menos en el corto plazo. Viejas enfermedades reactivadas, como la viruela, paludismo, tuberculosis o sarampión, otras nuevas como el sida o endémicas en ámbitos restringidos, como el ébola, que gracias a la inmigración puede extenderse a otras latitudes.

Todo ello fue configurando un panorama preocupante, pero que se prefirió ignorar porque lo contrario hubiera supuesto alterar el citado modelo de consumismo global. Se confió que con medidas de aislamiento y restricción local de movimientos se podría mantener el riesgo pandémico en límites aceptables. Por ello, cuando se produjeron los primeros casos en el tristemente famoso

mercado de Wuhan, se pensó que esta nueva amenaza epidémica se podría controlar y no se hizo nada a nivel mundial hasta que la enfermedad estaba ya extendida. La misma OMS se mostró al principio tibia en la declaración de pandemia y en el establecimiento de restricciones y mecanismos para hacer frente a la enfermedad: tratamiento, medicinas, vacunas, confinamiento, etc. A la vez, y dentro de la inquietud y sensacionalismo del momento surgieron diversas opiniones y noticias respecto al origen de la enfermedad: evolución natural, conspiración voluntaria o error humano, lo que una vez extendida la enfermedad por todo el mundo resultaba poco operativo. Solo más adelante empezó a preocupar uno de los aspectos esenciales de la cuestión: la escasa preparación de la sociedad global para prevenir y hacer frente a la pandemia y la urgente necesidad de crear los mecanismos para ello.



Figura 6.^a Confinamiento, vacunación y aumento mortalidad, tres imágenes representativas de los problemas provocados por la pandemia de la COVID-19, que cuestionó bruscamente la tranquilidad consumista de la Globalización.

Por otro lado, la misma globalización que, como hemos visto, facilitó la rápida extensión de la enfermedad por todo el mundo, dificultó la lucha contra la misma, en lo que podríamos calificar de un círculo vicioso perfecto. Así, las cadenas globales de valor y la deslocalización industrial habían desplazado a los países emergentes la fabricación de una gran parte de productos sencillos, como mascarillas o equipos de protección sanitaria, sin tener en cuenta su valor estratégico en momentos de crisis, cuando más se los podía necesitar. Además, al principio se ignoró conscientemente la amenaza de la epidemia y se siguió consumiendo productos importados aunque ello fuera incompatible con las restricciones sanitarias.

Por eso, durante meses y hasta que se pudo contar con las primeras vacunas, se mantuvo la duda sobre cómo afrontar la enfermedad: o mediante el confinamiento absoluto hasta que en el área confinada no hubiera ningún caso durante el periodo de contagio (*0 casos/14 días*), o con cierres locales y limitados esperando lograr la inmunidad de grupo (60-70% de la población). El primero suponía la paralización total de la economía, el segundo aumentar el riesgo de contagio y el de mortalidad y el colapso del sistema sanitario. El

primero fue la estrategia seguida en China, que se mantuvo por el autoritarismo político y la subsidiariedad comercial de su economía. En los países occidentales, a pesar de que el confinamiento fue más suave, se produjeron graves conflictos legales que hacían entrar en conflicto la libertad personal con las exigencias sanitarias a nivel mundial, es decir, una vez más la disyuntiva entre lo global y lo local.

No obstante, ambos modelos se complementaron y coexistieron según circunstancias territoriales y económicas, aunque ello supusiera mantener abierta una permanente situación de conflicto social. Asimismo la enfermedad y las restricciones citadas, que afectaron a toda la población, lo hicieron con especial gravedad con los jóvenes, al hipotecar su futuro económico, y con los viejos al hacerlo con su futuro vital. Una vez más, Camus describió admirablemente esta situación en su famosa novela (Camus. 2005: 47).

La invasión brutal de la enfermedad tuvo como primer efecto obligar a nuestros conciudadanos a obrar como si no tuvieran sentimientos individuales [...] la peste quita el futuro, hay que vivir al instante.

Todo ello tuvo graves consecuencias no sólo sobre la economía sino incluso sobre el mismo diseño de un mundo globalizado que se había pensado sería el fin y la superación de la Historia, evidentemente con un exceso de optimismo. Ese mundo global no estaba preparado para una emergencia de este tipo, que además de los efectos sobre la salud pública tuvo varias consecuencias sobre el mismo sistema global. Así, en primer lugar, la pandemia generó una de las más graves crisis del sistema sanitario, congestionando la atención primaria y las unidades de cuidados intensivos, exagerando las diferencias entre la sanidad pública y la privada, lo que está obligando a recuperar el papel del Estado en la defensa de la población, muy cuestionada por la expansión de las grandes corporaciones privadas, como ya hemos visto. Es decir, en este aspecto la pandemia puso de manifiesto la existencia de importantes necesidades que no son regulables por el mercado, evidenciando el hecho de que toda sociedad necesita dedicar una parte de su excedente económico al ahorro estratégico en prevención de cualquier emergencia. Es decir, que organizar la economía de un país exclusivamente sobre el consumo y la deuda, como pretende la economía global, podía resultar suicida, lección que se olvidó con rapidez, una vez superada la crisis.

Otro tema esencial fue la necesaria reestructuración del poblamiento, debido al diferente riesgo de contagio entre la ciudad y el campo, lo que se pretende sea una alternativa al «vaciamiento rural». Pero el tema esencial fue la cuestión de las vacunas, que evidenció todas las contradicciones y paradojas

que la pandemia puso de manifiesto respecto a la globalización. Primero por la misma rapidez de su descubrimiento y periodo de elaboración, mucho más breve que lo normal en cualquier otra vacuna, debido al nuevo método utilizado, el famoso *ARNmensajero*, lo que supuso un amplio debate de carácter científico. En segundo lugar, el hecho de que las primeras vacunas disponibles fueron producidas por grandes corporaciones farmacéuticas: Pfizer, Astrazénaca, Moderna, cuyos intereses económicos entraron en contacto y en ocasiones en conflicto, con los de los ciudadanos, representados por los Estados y demás organismos públicos. Un ejemplo más de la alternancia entre lo público y lo privado de estos nuevos tiempos y entre los Estados y las Corporaciones, como venimos diciendo.

El resultado, de todos conocidos, fue los diferentes niveles de vacunación de los distintos segmentos de la población mundial, a pesar de las declaraciones oficiales de solidaridad global. Así, mientras en el continente africano se calcula que sólo un 15 % de su población tuvo acceso a cualquiera de las vacunas contra la COVID-19, en el mundo desarrollado la cobertura fue superior al 80 %.

Pero, con todo, el aspecto más trascendente de la pandemia fueron sus consecuencias económicas, comerciales y políticas, además del aumento de la mortalidad. En los primeros momentos, cuando la enfermedad parecía incontrolable, las restricciones supusieron la reducción del comercio internacional y la paralización de gran parte de los intercambios. Por el contrario, el levantamiento de los controles desencadenó tal incremento de los transportes desde los países productores a los consumidores que produjo la congestión de las terminales y de nuevo la paralización de los intercambios, lo que creó una impresión de incertidumbre y mal funcionamiento del tan ponderado mercado global.

Ante todos estos problemas, la Asamblea General de la OMS, en su reunión de primero de diciembre de 2021, acordó elaborar un convenio internacional para prevenir y, llegado el caso, poder gestionar todos estos problemas ante una nueva epidemia, cuando los efectos de la COVID-19 seguían todavía presentes. Según ese convenio la OMS asumirá todas las competencias en materia sanitaria, social y de orden público, para poder así hacer frente a una cuestión que por su misma naturaleza es también global. Al tratarse de un convenio internacional, sus decisiones serían vinculantes, una vez los países se hubieran adherido al mismo, lo que supone una indudable cesión de soberanía, que provoca recelos en muchas personas e instituciones nacionales.

Pero con el tiempo, la inmunización natural o adquirida y la disminución de morbilidad de las nuevas cepas ha permitido dar por terminada la pandemia, a pesar de que durante años seguirá habiendo rebrotes estacionales que evidencian la fragilidad de la respuesta local y global. Aunque ello parece

importar poco, pues lo que interesa es recuperar lo antes posible el optimismo de la etapa precovid, imprescindible para volver a los niveles de crecimiento y consumo tan deseados.

UNA GUERRA QUE NO HUBIERA DEBIDO TENER LUGAR

Pero, cuando todavía la pandemia del COVID-19 seguía siendo la preocupación principal de los organismos nacionales e internacionales, el 24 de febrero de 2022, el ejército ruso invadió Ucrania, con la disculpa de hacer frente a las pretendidas amenazas de esta última, desencadenando una nueva crisis de resultados impredecibles. Una guerra que, como en la famosa obra de Giraudoux de 1935: *La Guerre de Troia n'aura pas lieu*, resulta tan absurda y dramática que tampoco hubiera debido tener lugar jamás.

En un mundo ya conmovido por la pandemia, la invasión de Ucrania supuso una auténtica conmoción, sobre todo en Europa, que no conocía un proceso similar desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Pero tras el tiempo pasado y a la luz de los nuevos acontecimientos, creemos llegado el momento de hacer un análisis más detallado, pues si examinamos la situación con cierta perspectiva histórica, tampoco esta guerra puede considerarse como un «cisne negro» de Taleb.

En primer lugar, la invasión afectó sobre todo al denominado Mundo Occidental, es decir los EE.UU. y los países del oeste de Europa, que fueron los que se sintieron gravemente concernidos por el ataque ruso, sobre todo los últimos, precisamente los que con mayor satisfacción habían acogido la caída del muro de Berlín. En el resto del mundo la noticia, de indudable trascendencia en sí misma, fue vista como un acontecimiento bélico más, de los ocurridos en los últimos treinta años, a los que ya nos hemos referido. Una guerra además largamente anunciada, aunque los citados países occidentales parece que, una vez más, no quisieran verlo, pues el actual conflicto tuvo sus antecedentes directos en 2014 cuando el presidente de Ucrania, Yanukovich, presionado por Moscú, suspendió el acuerdo asociación con la Unión Europea. Moscú consideró inadmisibles que se pretendiera llevar la frontera de la Unión y el modelo consumista occidental hasta sus proximidades, temiendo sin duda el contagio que ello hubiera podido producir sobre su propia población. La suspensión desencadenó una oleada de manifestaciones y el derrocamiento de Yanukovich en la llamada Guerra de Maidan y la intervención rusa en Crimea, en Donets, en Lubiansk y en otras zonas de mayoría rusófona. Por ello, no creemos que hubiera tal sorpresa para los gobiernos occidentales, aunque sí para sus ciudadanos, adormecidos por una propaganda idílica y globalista.

Pero no fue sólo el derrocamiento de Yanukovich, pues el conflicto del Maidán, fue la última consecuencia, de momento, del proceso iniciado con la caída del muro de Berlín y de la subsiguiente política seguida por los países occidentales ante el hundimiento del bloque soviético, que tuvo su años clave en 1991. En marzo, Moscú reconoció la disolución del Pacto de Varsovia, integrado por países que habían caído en la órbita soviética tras la Segunda Guerra Mundial como consecuencia de la misma. Por eso, Moscú no puso ningún inconveniente a que dichos países se integraran en la Unión Europea y en la OTAN. En agosto, Moscú concedió la independencia a los Países Bálticos, que pertenecían a la URSS desde 1939 en el Pacto Germano-Soviético, posteriormente ratificado en Potsdam (1945) y que siguieron el mismo camino de incorporación al bloque occidental, sin excesivas resistencias por parte rusa. En diciembre, los presidentes de Rusia, Bielorrusia y Ucrania, reunidos secretamente en Belavezha, acordaron la disolución de la URSS y su transformación en una *Comunidad de Estados Independientes*, de la que formarían parte voluntariamente las antiguas repúblicas soviéticas, que habían estado bajo influencia rusa desde época de los zares. Estos acuerdos fueron efectivos en la Navidad de ese mismo año, tras la dimisión de Gorbachov.

La descomposición del sistema y su debilidad ante Occidente aumentaron durante el gobierno de Yeltsin, sobre todo con la Guerra de Chechenia, que encumbró a un antiguo oficial de la KGB, Vladimir Putin, cuyo nombramiento se vio favorecido por la insatisfacción general, ante el desmoronamiento de lo que hasta hacía poco había sido una de las grandes potencias mundiales. Por eso, los nuevos dirigentes de Rusia indicaron con toda claridad que no admitirían más fugas de su antigua órbita de influencia hacia Occidente, teniendo además en cuenta que los límites alcanzados eran ya muy similares a los del histórico Imperio de los Zares.

Además, conviene recordar a este respecto que la potencialidad militar y nuclear de la antigua URSS permanecía intacta, pues no había habido ninguna derrota del hasta entonces denominado bloque soviético frente al occidental. Simplemente se había cambiado el sistema de organización política-económica planificada y totalitaria existente hasta entonces, con la consiguiente modificación del modelo territorial en el que este se había apoyado. Sin embargo, el tratamiento que se dio a este cambio de situación fue como si se hubiera producido una rendición incondicional del extinto imperio ruso-soviético⁷. Faltó pues generosidad y prudencia en los vencedores, sobre todo teniendo en

⁷ Un error similar al cometido con Alemania tras la PGM, del que se derivaron graves consecuencias, como es sabido y que en su día fueron anunciadas por el mismo KEYNES. *Las consecuencias económicas de la paz*. Madrid. 2013. Espasa Calpe. Col. Austral, 203 pp..

cuenta que no había habido vencidos, y que los que pudieran parecerlo: la Rusia Soviética y la China Popular, conservaban intactas toda su capacidad económica y militar. Falta de prudencia y generosidad que cada día lamentamos más, visto el desarrollo posterior de los acontecimientos.

Por último, como una explicación más del actual conflicto, conviene recordar lo que es Ucrania desde el punto de vista geográfico y el papel que ha jugado respecto a Rusia y el mundo eslavo, muy bien explicado por Pierre George en 1947. Con estas palabras:

Ucrania es una región natural. Es la comarca de tierras negras situada entre las zonas de bosque espeso de suelo gris y las estepas áridas [...] También Ucrania es una región histórica. Es la Rusia de los «pequeños rusos» culturalmente dependientes de Bizancio [...] Una primera función de la Ucrania actual en la vida económica de la Unión Soviética es la de ser un almacén de reserva de productos agrícolas [...] En segundo lugar la existencia de hulla en el Donetz, de gas natural en Stanislavovo y Dachava, de hierro en Krivoi-Rog, de manganeso en Nikopol, de bauxita, de lignitos y de grafito en varios lugares, hacen de Ucrania una base esencial para la URSS. Este papel lo tuvo ya Ucrania en el antiguo Imperio zarista. (George. 1967: 498-499).

Así esbozados los antecedentes del conflicto ruso-ucraniano, conviene subrayar que éste se desarrolla en dos ámbitos diferentes pero superpuestos: uno interior, de carácter bilateral entre las dos naciones implicadas, o incluso civil si consideramos que Rusia y Ucrania han formado siempre parte de la misma unidad política; otro internacional o mejor global que reproduce el enfrentamiento de la Guerra Fría, en el que está en juego la hegemonía mundial o al menos europea, por el momento. Ambos conflictos tienen razones diferentes, pero se intercalan y retroalimentan, haciendo cada vez más difícil su análisis y su solución.

La Guerra de Ucrania como guerra civil

El primero de ellos, el conflicto interno, es asimilable a una guerra civil, que para los rusos es una guerra de secesión y para los ucranios una guerra de independencia. Pero en ambos casos una guerra «caliente» con toda su secuencia de muerte y destrucción a la que el mundo en general y Europa en particular estamos asistiendo entre asombrados y estremecidos. Por ello, para tratar de comprender esta situación es necesario analizar la historia de las relaciones

entre rusos y ucranianos desde trescientos años atrás por lo menos, historia condicionada por dos componentes geopolíticos de gran transcendencia.

El primero de carácter exterior: la salida al mar de un vasto espacio continental, cuya costa septentrional esta helada la mayor parte del año, por lo que sólo quedan dos portillos y de difícil tránsito: el mar Báltico, estrecho y congelado en el centro del invierno y el Mar Negro, con los Estrechos controlados por Turquía, antes de poder llegar al Mediterráneo. En ambos, los dos zares más emblemáticos de la historia del Imperio, Pedro II y Catalina I, fundaron dos importantes ciudades para asegurar ese tránsito: San Petersburgo y Odessa respectivamente. Esta última, fue siempre un ejemplo de fundación imperial, a pesar de estar situada en territorio ucraniano. Algo parecido a lo de la cercana península de Crimea que, dentro de la política de desnacionalización de la URSS, pasó de Rusia a Ucrania en 1954, a pesar de su clara mayoría rusófona.

El segundo elemento es la obsesión que ambos monarcas, sobre todo el primero, sintieron siempre por la occidentalización de su inmenso imperio, por la necesidad de abrirlo a la Europa occidental e integrarlo en la misma pero sin que ello afectara a su personalidad geográfica, ni a su unidad, lo que no siempre fue posible.

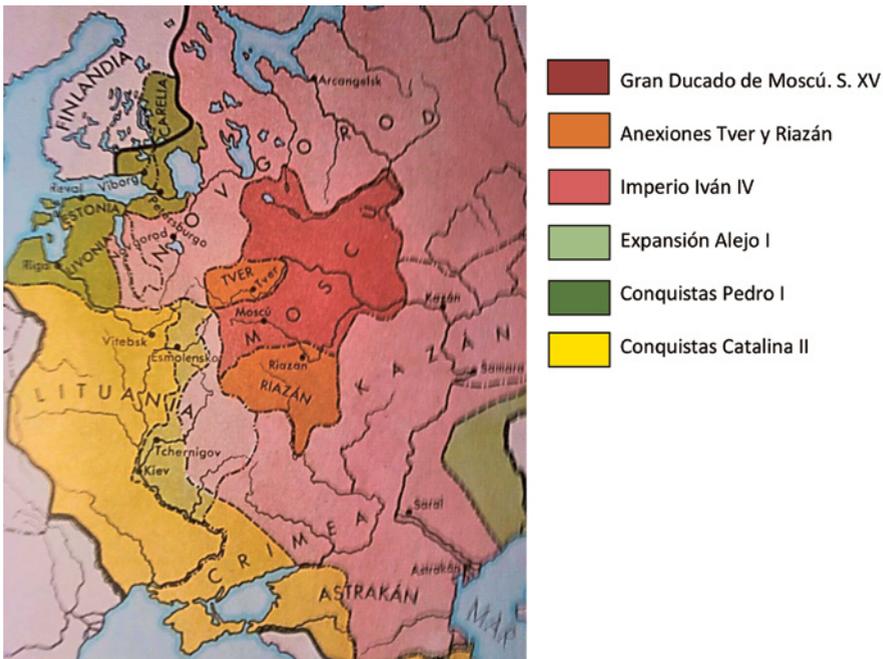


Figura 7.ª Formación Imperio Ruso. Según Vicens Vives 1963. Mapa: LVI.

Ambos componentes claramente geopolíticos: la salida al mar y la occidentalización, van a estar en la base del reciente conflicto entre rusos y ucranianos. La atracción por el mundo occidental sentida por la población ucraniana desde el tratado de Belavezha por lo menos, ha sido uno de los factores básicos del conflicto aludido, hasta el extremo de comprometer sus relaciones con Rusia y el resto del mundo eslavo. En cuanto a la salida al mar ha sido el factor principal que ha marcado la estrategia del ejército ruso en el sur y en el este de Ucrania para mantener un pasillo entre Rusia y Crimea que, en el peor de los casos, pueda mantener abierta la comunicación con el Mar Negro.

Pero además hay que tener presente otro componente fundamental de la Historia y de la Geopolítica del mundo eslavo también presente en el actual conflicto ruso-ucraniano, como es la cuestión de las nacionalidades, especialmente presente en el caso de Ucrania. En efecto, el Principado de Kiev fue uno de los orígenes del Imperio eslavo, que luego evolucionó hacia la creación del Estado zarista, hasta el punto de que, durante tiempo, rusos y ucranianos se consideraban parte de un mismo pueblo.

En realidad, fueron las peculiaridades geográficas de este inmenso territorio, que lo diferencia notablemente de la Europa Occidental, las que marcaron también las distinciones internas entre ambos pueblos eslavos. Una llanura sin casi diferencias morfológicas, solo de vegetación que establece el límite entre taiga y estepa, en la que el mismo concepto de frontera poco tiene que ver con lo que se entiende por tal en Occidente. La mayoría de las veces se trata de zonas de transición, de cambios de régimen administrativo o de poblamiento. El mismo nombre de Ucrania significa «tierra de frontera».

Seguramente por ello, los ucranianos no consiguieron hasta el siglo xx un auténtico estado nacional, aunque integrado en la URSS. Anteriormente tuvieron que luchar para afirmar su personalidad frente a Polonia, Turquía y por supuesto Rusia, sufriendo en consecuencia múltiples mutilaciones con aneación de partes de su territorio a estas naciones, incluso a Hungría o Rumanía, terminando con su incorporación a la URSS.

La Revolución no fue capaz de superar este problema, a pesar del componente internacionalista del que siempre hizo gala. Por ello, la cuestión nacional quedó oficialmente postergada ante la revolución del proletariado, al que se considera como el único motor de la historia, siendo la nación es una simple cuestión cultural.

Pero al margen de la teoría revolucionaria, lo cierto es que pronto se produjo la identificación del estado proletario soviético con el estado unitario ruso, por lo que los nacionalismos fueron considerados como resistencias burguesas, sobre todo frente a las colectivizaciones. Por eso, fueron duramente reprimidas durante la Revolución y la Guerra Civil, con especial brutalidad en el caso de Ucrania. Además, en la paz de Brest Litvsk se impuso la reestructuración del antiguo imperio ruso en un conjunto de estados semindependientes, mediante el cual las potencias occidentales pretendían su desmembración. Una amenaza que quedó en el imaginario de los dirigentes rusos, haciéndose patenten en nuestra época.

A esta situación bélica hay que añadir los periodos de hambres y sequías que diezmaron la población de muchas regiones de la Unión. Las hambres fueron especialmente duras los años 1922, al terminar la Guerra Civil y 1932 y 1933 consecuencia en gran medida de la política estalinista de industrialización forzada y de las colectivizaciones que afectaron sobre todo a las zonas rurales, como era predominantemente Ucrania, con un acontecimiento especialmente dramático como el *Holodomor*. Todos estos episodios fueron vistos por los ucranianos no como consecuencias de la modernización económica, ni de la represión de terratenientes y burgueses, sino como un ataque más del estado ruso contra la nacionalidad ucraniana, como antes había ocurrido con los zares. Este acontecimiento en pleno estalinismo marcó profundamente las relaciones ruso-ucranianas, fomentando los deseos de independencia y preludiviendo el actual conflicto.

La Guerra de Ucrania como conflicto global

Pero además, el desencadenamiento de la guerra no fue sólo consecuencia del lógico deseo de libertad de una población sometida al poder ruso y al totalitarismo soviético, como acabamos de ver, sino también del mayor dinamismo de la economía capitalista respecto a la planificada, lo que determinó una fuerte atracción para los ciudadanos ucranianos sometidos, como los del resto de la URSS, a un régimen de privaciones desde tiempo atrás. Este aspecto va a ser el componente esencial de la dimensión internacional del conflicto ucraniano, que algunos han calificado como un renacimiento de la Guerra Fría. En este caso ya no se trata del clásico enfrentamiento entre dos sistemas socioeconómicos ideológicamente opuestos, ya que el capitalismo es el único sistema global, sino de diferentes niveles y orientaciones del mismo.

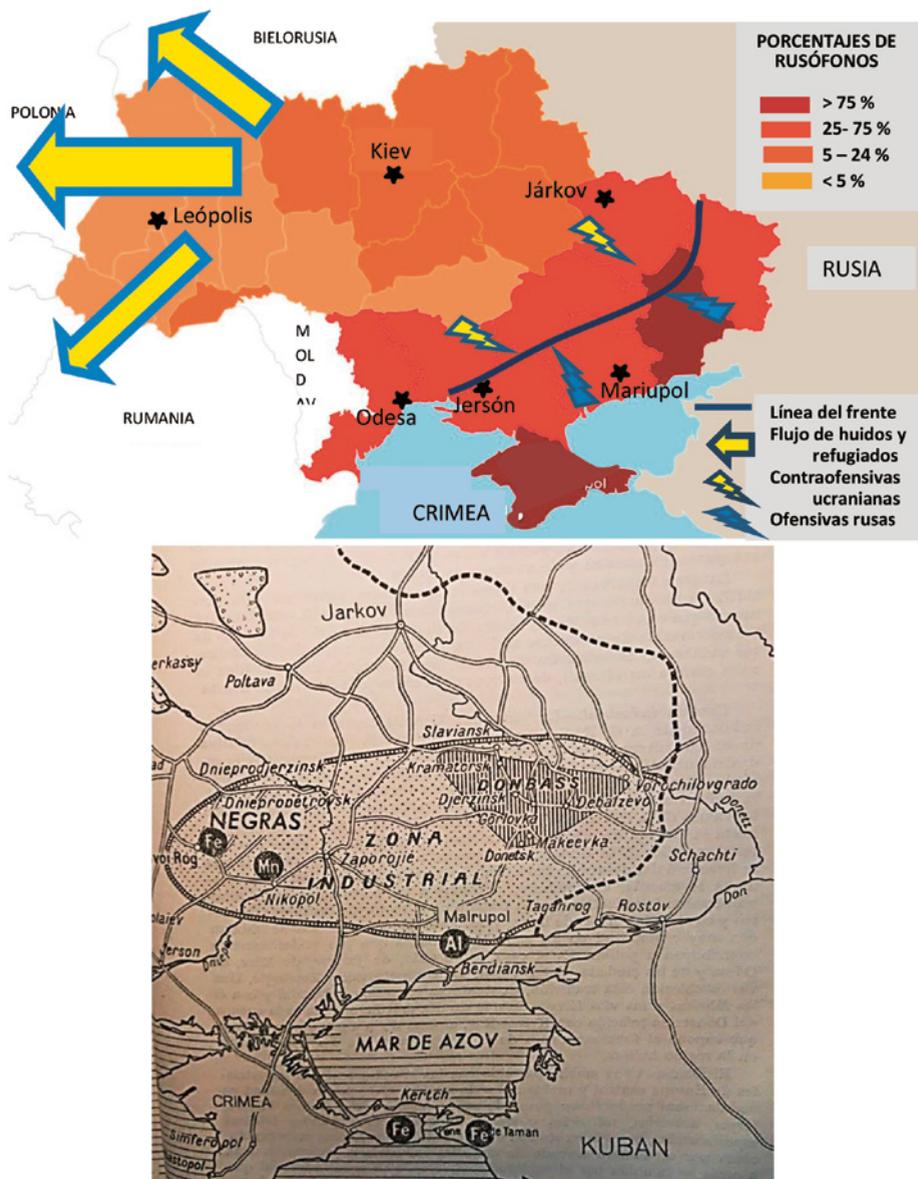


Figura 8.^a Arriba: Mapa de Ucrania durante la guerra a principios de 2023, con los principales acontecimientos bélicos. Obsérvese como las más importantes acciones militares de Rusia se centran en la zona oriental del país, en la que existe mayoría de población de origen ruso. Abajo: mapa de esa misma zona en 1935, en la que puede apreciarse su riqueza mineral e industrial que ya entonces eran esenciales para la URSS, (según Horriben).

Porque el capitalismo, como cualquier otro sistema económico o político, puede presentar varias diferencias y niveles y, a este respecto, es evidente que la privatización de la economía soviética según el mercado tardará tiempo en alcanzar los niveles de bienestar y consumismo del mundo occidental. Estas diferencias son las que están enfrentando a Rusia con el Occidente capitalista y las que han llevado a este último a aliarse con Ucrania, para utilizar a este país como ariete de penetración del modelo consumista occidental en el mismo corazón del mundo eslavo.

Pero es que, a pesar de la caída del muro y del abandono de la economía colectivizada y estatalizada, los nuevos dirigentes moscovitas no estaban dispuestos a transformar la economía soviética en un apéndice consumista del mundo occidental. En principio, su objetivo solo fue convertir una economía planificada, fuertemente centralizada y dirigida, en una economía de mercado. Esta transformación fue protagonizada por la *nomenklatura* que, por haber sido la burocracia poderosa y aburguesada del régimen soviético, jugó un papel clave en el proceso de liberalización y en el desarrollo de lo que algunos autores llamaron «el protocapitalismo soviético». Fueron estos grupos, mayoritariamente integrados por rusos, que siempre habían controlado la administración política y la gestión económica del país, los que promovieron, en beneficio propio, la transición a la economía de mercado, fomentando empresas privadas o mixtas, que fueron cayendo paulatinamente en su poder, creándose así una nueva clase social –«oligarquía» se la denomino pronto en los países occidentales– integrada en su mayoría por antiguos funcionarios del Partido, que aunque funcionalmente no se diferenciaron mucho de los magnates del mundo capitalista, si lo eran por los signos de poder y riqueza de los que, como «nuevos ricos», hicieron gala desde un principio.

Pero el resto de la población no vio mejorada sustancialmente sus condiciones y niveles de vida, incluso lo empeoraron en algunos casos, sobre todo en ciertos países limítrofes, como Ucrania, que, aunque formalmente independientes, seguían políticamente dentro de la órbita de Moscú. De ahí el levantamiento popular del Maidán contra Yanukovich, cuando éste, presionado por el Kremlin, retiró su petición de asociación con Europa. Pero a la vez, hay que reconocer que la deserción de Ucrania y su integración en el mundo occidental, hubiera puesto en peligro la independencia económica de la misma Rusia y comprometido su área de influencia global.

UNA NUEVA GEOPOLÍTICA DE ORIENTACIÓN EUROASIÁTICA

Pero no es sólo la cuestión económica y la competencia por las correspondientes áreas de influencia, sino también una cuestión de hegemonía. A pesar

de los acordado en Belavezha, Rusia no consideró nunca a las antiguas repúblicas soviéticas como países totalmente soberanos, a pesar del nombre de la federación que sucedió a la extinta URSS: *Comunidad de Estados Independientes*, pues Rusia siempre consideró que le correspondía cierta función de tutela, sobre dichos Estados.

A nuestro juicio no se ha insistido suficientemente en este aspecto. Tanto los observadores internacionales como las fuentes de información periodísticas han ignorado, voluntaria o inconscientemente, los movimientos políticos e ideológicos que se vienen dando en la sociedad rusa en los últimos años y de los que puede ser una buena muestra la obra y las ideas de Alexander Dugin que, en cierta forma, suponen el reverso de las mantenidas en el mundo occidental por Fukuyama tras la caída del muro. En efecto, Dugin, al que se le ha considerado como un nuevo Rasputín o incluso como el Hausofer ruso, es el mejor representante de la reacción ideológica eslava frente al hegemonismo americano, representado en dos corrientes de pensamiento, materializadas en otros dos partidos políticos: Eurasia y Nacional Bolchevique, en cuya organización y fundación participó. Ambas posturas confluyen en una doctrina geopolítica para el mundo eslavo, el *Eurasianismo* opuesta a la hegemonía norteamericana neoliberal y al atlantismo, a las que considera enemigas de la hegemonía rusa sobre este sector del Viejo Continente.

La obra de Alexander Dugin, expuesta en varias obras a lo largo de los últimos treinta años (2013, 2015, 2023), está notablemente influida por los grandes geopolíticos que hemos citado más arriba, sobre todo por Mahan, Mackinder y Spykman, sólo que cambiando la orientación anglosajona por la eslava. Siguiendo a Mahan, concibe la geopolítica como una contienda entre potencias continentales y marítimas. Si en el pasado el *eje de la Historia* ha estado en las primeras: Estados Unidos y Gran Bretaña, como quería Mackinder, en el futuro, el protagonismo le corresponde a las continentales: Rusia y China.

De esta forma, inspirándose en los autores citados, concibe al mundo dividido en cuatro zonas autónomas y relacionadas:

1. América, norte y sur, liderado por Estados Unidos y apoyado en Canadá.
2. Euroáfrica, regido por la Unión Europea, con apoyos y resistencias en el África Negra y en el Mundo Árabe.
3. Eurasia, liderada por Rusia, con Turquía, Irán, India y Pakistán.
4. El Pacífico, cuyo centro de poder, podría oscilar entre China o Japón.

Evidentemente, una Ucrania independiente sería un serio obstáculo para este proyecto euroasiático, por lo que era evidente que el Kremlin, influido en

mayor o menor medida por las ideas de Dugin, no podía permitirlo y, por eso mismo, Ucrania le declaró persona no grata y le prohibió la entrada en el país en 2006⁸.

Desde esta perspectiva euroasiática, la guerra no sólo estaba anunciada desde tiempo atrás, sino que era inevitable. Una guerra concebida, por lo menos desde el lado ruso, como una guerra total, en cuanto no incluía sólo los problemas políticos, económicos y militares, sino también socioculturales e ideológicos. Y esto es un hecho fundamental que rara vez es tenido en cuenta en el lado occidental.

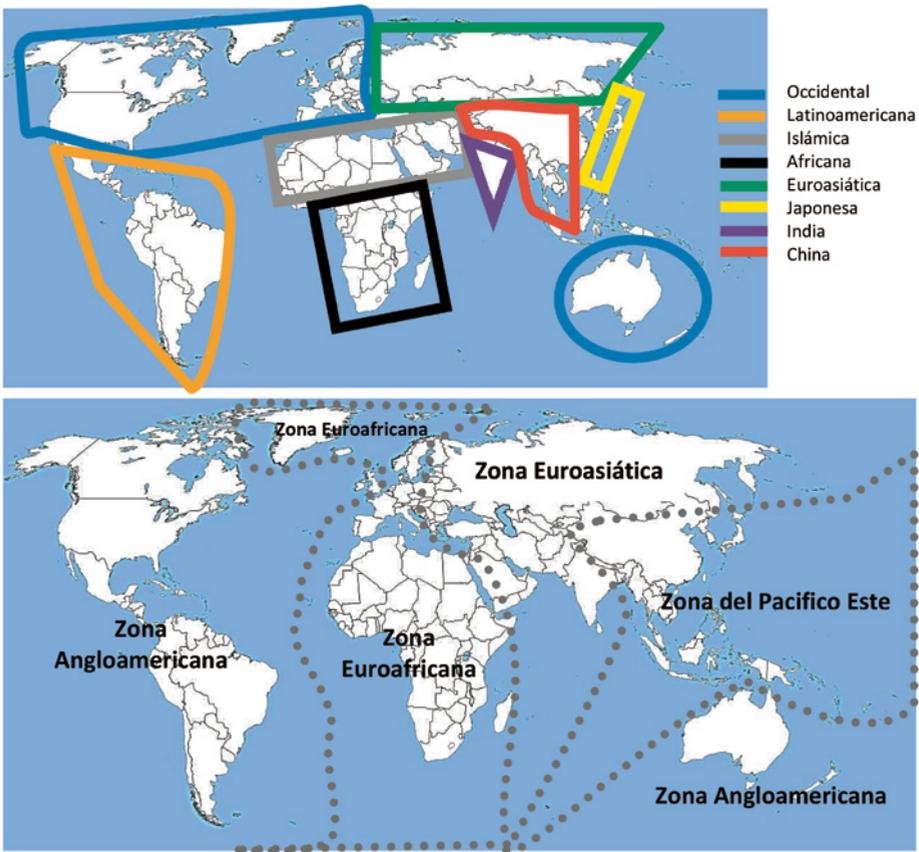


Figura 9.^a El mundo según Alexadr Dugin, Arriba: Las Civilizaciones Mundiales. Abajo: Zonas Geopolíticas Mundiales.

⁸ El 20 de agosto de 2022 su hija sufrió un atentado mortal, que seguramente iba dirigido contra el mismo DUGIN, atribuido a los servicios secretos ucranianos.

Para la doctrina Euroasiática, Rusia no solo es diferente política y culturalmente al mundo occidental, sino que también lo es moralmente y con unos componentes éticos muy superiores a los de aquel. Se rechaza e incluso se persigue, muchos de los principios que definen a la sociedad global occidental: consumismo exacerbado, legalización de ciertos comportamientos sociales, la fragmentación de las culturas nacionales y su dispersión, la emigración incontrolada, etc. así como la consciente ingeniería social que, apoyada en una nueva narrativa, se está desarrollando últimamente, tanto en los sistemas educativos como en los medios de comunicación occidentales. De ahí el carácter conservador de este eurasiatismo ruso, su apoyo a la Iglesia ortodoxa y sus relaciones con otros movimientos conservadores de Europa y América.

Las diferencias de las fuerzas militares en conflicto y la superioridad rusa anunciaban una rápida solución bélica, pero pronto se vio que ello no iba a ser así por la heroica resistencia ucraniana. Una vez más se ha puesto de manifiesto la diferencia que en cualquier guerra existe entre quien lucha por su supervivencia, como es el caso de los ucranianos y quienes lo hacen por intereses económicos, políticos o ideológicos, como es el de los rusos. Además, la ayuda militar de los países occidentales está resultando muy eficaz frente al teóricamente poderoso ejército ruso que ha demostrado cierta obsolescencia tanto de material como logística.

En un principio, la invasión pretendió el control de todo el país, con un ataque combinado contra las principales ciudades ucranianas, incluida Kiev, que provocó un éxodo masivo de sus habitantes hacia los países occidentales. Pero esta estrategia tuvo que ser abandonado ante la inmensidad del país y las dificultades de aprovisionamiento de las tropas invasoras. Por eso, Moscú limitó su intervención al este y sur de Ucrania, zonas de mayor influencia rusa con un alto valor estratégico para mantener abierto el corredor con el mar Negro, como es el caso de las regiones Donetsk y Luhans. Pero tras varios meses de duros combates las líneas de frente se estabilizaron, obligando a los rusos a abandonar Jerson y atrincherarse en la orilla izquierda del Dnieper, entrándose en una fase de lucha de trincheras y de desgaste de resultados impredecibles.

Pero con independencia de los acontecimientos del campo de batalla, la guerra ha puesto de manifiesto la intención rusa de infligir el máximo castigo a la población civil, destruyendo infraestructuras básicas e industrias y arruinando los campos y las ciudades, pretendiendo así no sólo doblegar su resistencia sino evitar en el futuro sus deseos de alcanzar el nivel de vida y de consumo occidental, que a los ucranianos del Maidán tanto les seducía. Sin tener en cuenta que estas destrucciones pueden suponer un nuevo elemento de

occidentalización de Ucrania cuando, acabada la guerra, que en algún momento se acabará, habrá que reconstruir tanta destrucción, tarea que será encomendada a empresas occidentales, siempre dispuestas a prestar ayuda y, a la vez, hacer también negocio, como si de un nuevo Plan Marshall se tratara.

Por otro lado, las sanciones económicas occidentales destinadas a hundir la economía rusa no parecen haber tenido excesivo impacto. Todo lo contrario, pues han sido los sancionadores los afectados por la contracción de la coyuntura comercial, al verse privados de materias primas imprescindibles para mantener su nivel de consumo. Por esa razón, esta guerra «encubierta» ha dado lugar a situaciones irracionales como es la continuidad de las relaciones comerciales entre Rusia y sus «enemigos» occidentales, gas, petróleo y materias primas, al mismo tiempo que éstos están enviando todo tipo de ayuda militar a Ucrania. Es decir, que la situación es tan absurda que nos permite un juego de palabras, parafraseando al periodo de *Guerra Fría*, en el que los enemigos no se enfrentaban directamente en el campo de batalla, ahora por el contrario estamos en un periodo de enfrentamiento pero manteniendo las relaciones económicas y comerciales, lo que podríamos llamar una *Paz Caliente*.

Esta contradanza de acciones bélicas en favor y en contra de aliados y enemigos ha dado lugar a permanentes paradojas, como el sabotaje del gasoducto Nord Stream (26 de septiembre de 2022) que llevaba gas de Rusia a Alemania y los Países Bálticos, realizado por comandos desconocidos, seguramente ucranianos, que para perjudicar a Rusia no tuvieron inconveniente en dejar sin gas a los mejores aliados de su país, que, a la inversa, seguían comprando ese producto a quienes habían atacado a su aliado ucranio. Un caso parecido fue el de algunos de países europeos que llegaron a bloquear la compra de cereales a Ucrania, su principal producto de exportación, para salvaguardar así su propia producción. Por último, el caso más espectacular y grave en este mismo sentido fue la voladura de la presa de *Kajovka* (6 de junio de 2023). Un inmenso reservorio hídrico de más de 3.200 Hm³, esencial para regular el río, regar sus orillas, abastecer a una enorme población, producir energía eléctrica y enfriar la central nuclear de Zaporíya, que como en anteriores ocasiones ambos contendientes atribuían la acción a sus contrarios. Esta voladura recuerda la destrucción de los diques del río Rojo, en la Guerra del Vietnam, en el verano de 1972 por la aviación norteamericana, una de las acciones esenciales de aquella guerra, convertida por ello en referente simbólico de la Geopolítica Crítica de los ochenta, gracias a un artículo emblemático del

mismo Yves Lacoste en el primer número de la revista *Herodote*⁹, que ahora vuelve a cobrar actualidad.

¿Pero es posible que nadie hubiera visto todo esto? La dependencia energética de Europa occidental del gas ruso y la alimentaria de los cereales y girasoles ucranianos, las dificultades de sustitución y abastecimiento de otras latitudes, etc. ¿Qué hay de improvisación en todo ello y qué de intenciones ocultas? ¿A quién beneficia? Porque lo único que sabemos es que esta situación perjudica a todos.

Al principio, la invasión de Ucrania por las tropas rusas cogió desprevenido a todo el mundo y particularmente a los vecinos europeos, desencadenando una oleada de simpatía y solidaridad con el pueblo ucraniano. Pero con la prolongación del conflicto, las cosas dejaron de estar tan claras. Pronto surgió la pregunta de si se hubiera podido evitar la guerra si los EE.UU. y sus satélites europeos hubieran tenido otra actitud con la Rusia anterior a Putin. Asimismo, cada vez resulta más evidente que es inconsciente pensar en una derrota total de Rusia, con el riesgo de guerra general que ello supone. Y lo que es más desconcertante: Zelinsky sólo pide más arma e ignora cualquier intermediación que pudiera facilitar el alto el fuego primero y la paz después.

Tampoco resulta tranquilizador la posición intermedia de otras potencias no atlánticas, como China, India, Irán o la misma Turquía. En estas circunstancias, la reactivación del conflicto árabe-israelí en octubre de 2023, y sus posibles conexiones con la guerra ruso-ucraniana, es la mejor evidencia del riesgo del momento presente. El interés de Rusia por la región viene de atrás, de su intervención en la Guerra de Siria y en el Líbano, por lo menos. Su cooperación con Irán, es también evidente. No resulta por ello muy arriesgado suponer la relación del conflicto ruso-ucraniano con la reactivación del de Oriente Medio y con la creciente inestabilidad de todo el Sahel.

En definitiva, todos estos hechos ponen de manifiesto lo alejada que está la actual realidad de nuestro mundo de los postulados de Fukuyama. Su tesis básica respecto a la finalización de un ciclo histórico no parece responder a la realidad, sino todo lo contrario. La Historia y la Geopolítica que consideraba superadas han renacido con deseos de *venganza* como viera Kaplan y de *revancha* y *confrontación* como dijera Dugin. Mientras lo que Fukuyama consideraba como *una parte todavía aferrada a la historia* para referirse a los conjuntos que se oponen al capitalismo global occidental, se han materializado en las más diversas situaciones socioeconómicas y culturales, desde el capitalis-

⁹ LACOSTE, Y.: (1977); «Investigación sobre el bombardeo de los diques del río Rojo (Vietnam, verano de 1972). Método de análisis y reflexiones de conjunto». En ORTEGA CANTERO, N., *Geografías, ideologías, Estrategias espaciales*. Madrid, Dédalo Ediciones, pp. 25-66.

mo oligárquico ruso, al capitalismo «comunista chino», sin olvidar las distintas formas de «tecnocapitalismo» del mundo llamado occidental. Todo ello en agudo contraste con distintas sociedades emergentes o infradesarrolladas del resto del mundo. Ante todo ello la Geopolítica y la Geografía Política se han convertido en saberes esenciales para tratar de interpretar esta nueva realidad global. Han recobrado, podríamos decir, el prestigio y el interés que tuvieron en otra época, pues si es cierto que la frase de Yves Lacoste que consideraba a «la Geografía, un arma para la guerra» puede resultar exagerada, pues la guerra tiene sus propias armas más efectivas para matar, es evidente que Geografía y Geopolítica son discursos muy adecuados para analizar situaciones conflictivas como las que el mundo está atravesando desde el 2020, con la pandemia, el 2022 con la guerra de Ucrania y últimamente desde el 2023 con la nueva de Oriente Medio, en un espacio geopolítico conflictivo desde la Antigüedad. Por ello, este renacimiento de la Geopolítica no puede resultar más inquietante, en cuanto puede ser el preludio del comienzo de un nuevo ciclo de inestabilidad y conflictos, que cada día resulta más preocupante.

BIBLIOGRAFÍA

- ARON, R., (1984): *Los últimos años del siglo*. Madrid. Espasa Calpe.
- ARROYO ILERA, F., (2018): *Exclusión y subdesarrollo en el mundo contemporáneo. La otra cara de la globalización*. Madrid. Editorial Síntesis. 282 pp.
- BAUMAN, Z., (2007): *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbres*. Barcelona. Tusquets Editores. 176 pp.
- BELL, D., (1964): *El fin de las ideologías*. Madrid. Tecnos. 570 pp.
- (1976): *El advenimiento de la sociedad posindustrial. Un intento de prognosis social*. Madrid. Alianza Ed. 578 pp.
- BERMEJO, J. C., (1987): *El final de la Historia. Ensayos de Historia teórica*. Madrid. Akal. 286 pp.
- BRUNHES, J., y VALLAUX, C., (1928): *Geografía de la Historia*. Madrid. Daniel Jorro. 640 pp.
- CAPEL, H., (1981): *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*. Barcelona. Barcanova. 512 pp.
- CAMUS, A., (2005): *La Peste*. Barcelona. EDHASA. 360 pp.
- CLAVAL, P., (1981): *Evolución de la Geografía Humana*. Barcelona. Oikos-Tau. 240 pp.
- COHEN, S. B., (2008): *Geopolitics: The Geography of International Relations*. Rowman & Littlefield Publishers. 457 pp.
- CROUZET, M., (1961): *La época contemporánea. En busca de una nueva civilización*. Tomo VII de la *Historia General de las Civilizaciones* (dir. por M. Crouzet). Barcelona. Ed. Destino. 884 pp.

- DUGIN, A., (2013): *La Cuarta Teoría Política*, Barcelona Ed. Nueva República. 254 pp.
- (2015): *La Geopolítica de Rusia. De la revolución rusa a Putin*. Madrid. Hipérbola Janus. Huesca. 200 pp.
- (2023): *Fundamentos de Geopolítica: El Futuro Geopolítico de Rusia*. Tarragona. Fides. Colección Geopolítica 21. 580 pp.
- ESTÉBANEZ, J., (1982): *Tendencias y problemática actual de la Geografía*. Madrid. Cincel. 144 pp.
- FONTANA, J., (1992): *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona. Crítica. 156 pp.
- FOJON, E., (2023): «El Ejercicio del Poder». En *Ejércitos. Revista Digital sobre Defensa, Armamento y Fuerzas Armadas*. <https://www.revistaejercitos.com/2023/01/02/el-ejercicio-del-poder-2/>
- FROMM, E., (1966): *El Corazón del Hombre*. México. Fondo de Cultura Económica, 152 pp.
- FUKUYAMA, F., (1992): *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona. Planeta. 464 pp.
- GALBRAITH, J. K., (1989): *El nuevo estado industrial*. Barcelona. Ariel. 500 pp.
- GEORGE, P., (1973): *Población y Poblamiento*. Barcelona. Península. 212 pp.
- (1967): *Geografía de la URSS*. Madrid. Taurus. 552 pp.
- GIRAUDOUX, J., (1997): *La guerra de Troya no tendrá lugar. La loca de Chaillot*. Madrid. Cátedra. 296 pp.
- HELD, D., (2005): *Un pacto global*. Madrid. Taurus. 258 pp.
- HERRERO FABREGAT, C., (2022): «Panorama Geopolítico del Mundo Actual. Aleksandr Dugin, el geopolítico de cabecera de Vladimir Putin». En *Didácticas Específicas*. UAM. Núm. 27. pp. 153-163. https://revistas.uam.es/didacticasespecificas/issue/view/didacticas2022_27
- HORRABIN, M. F., (1935): *Atlas de Política Mundial*. Barcelona. Joaquín Gil. Editor. 192 pp.
- HUNTINGTON, E., (1942): *Civilización y Clima*. Madrid. Revista de Occidente. 349 pp.
- KAPLAN, R. D., (2014): *La venganza de la Geografía, como los mapas condicionan el destino de las naciones*. Barcelona. RBA. 464 pp.
- LACOSTE, Y., (1977): *La Geografía: un arma para la guerra*. Barcelona. Anagrama. 158 pp.
- MARCU, S.,: (2021) *Geopolítica de Rusia y Europa Oriental*. Madrid, Síntesis. 224 pp.
- MEADOWS, Dennis y Donella. (1972): *Los límites del Crecimiento*. México. FCE. 256 pp.
- MORAZÉ, CH., (1965): *El apogeo de la Burguesía*. Barcelona. Labor. 520 pp.
- MORIN, E., (2008): *¿Hacia el abismo?* Barcelona. Paidós Ibérica. 180 pp.
- MOUSA, P., (1959): *Las Naciones proletarias*. Tecnos. Madrid. 184 pp.
- MUMFORD, L., (2006): *Técnica y Civilización*. Madrid. Alianza Editorial. 52
- MELÓN Y RUIZ DE LA GORDEJUELA, A., (1928): *Geografía Histórica Española*. Madrid. Ed. Voluntad S. A. 346 pp.
- NOGUÉ, J., (1998): *Nacionalismo y Territorio*. Lérida. Milenio 136 pp.

- POUNDS, N. J. G., (2000): *Geografía histórica de Europa*. Barcelona. Crítica. 634 pp.
- RODRIG, D., (2012): *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*. Barcelona. Antoni Bosch. 368 pp.
- RORTY, R., (1998): *Pragmatismo y política*, Paidós, Barcelona. 124 pp.
- ROSTOW, W. W., (1965): *Las etapas del crecimiento económico*. FCE. México.
- SANCHEZ, J. E., (1992): *Geografía Política*. Madrid. Síntesis. 224 pp.
- SANGUIN, A. L., (1981): *Geografía Política*. Barcelona. Oikos-Tau. 184 pp.
- SAUVY, A., (1952): «Tres mundos, un planeta». En *L'Observateur*, núm. 118. (14 de agosto de 1952).
- SPENGLER, O., (1936): *Años decisivos*. Madrid, Espasa-Calpe. 188 pp.
- STIGLITZ, J., (2002): *El malestar de la globalización*. Madrid. Taurus. 314 pp.
- SUMNER, B. H., (1944): *Historia de Rusia*. México. FCE. 446 pp.
- TAIBO, C., (1991): *Unión Soviética. La quiebra de un modelo*. Madrid. Los Libros de la Catarata. 174 pp.
- TAIBO, C., (1992): *La Europa oriental sin red*. Madrid. Los Libros de la Catarata. 160 pp.
- TALEB, N. N., (2011): *El Cisne Negro*. Barcelona. Paidós. 592 pp.
- TAMAMES, R., (1991): *Un nuevo orden mundial*. Madrid. Espasa-Calpe. 318 pp.
- URIBE ORTEGA, H. G., (1996): *Geografía Política. Verdades y falacias del fin del milenio*. México. Ed. Nuestro Tiempo. 320 pp.
- VALLAUX, C., (1914): *Geografía Social. El suelo y el Estado*. Madrid. Daniel Jorro. 436 pp.
- VICENS VIVES, J., (1963): *Atlas de Historia Universal*. Barcelona Teide. 40 pp.
- (1981): *Tratado General de Geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico*. Barcelona. Ed. Vicens-Vives. 242 pp.
- VV.AA. (2012): *El Atlas de las Mundializaciones*. Le Monde Diplomatique en español. UNED. Madrid 184 pp.
- WELTER, G., (1936): *Historia de la Rusia Comunista. 1917-1935*. Barcelona. Joaquín Gil. 236 pp.
- ZIEGLER, J., (2012): *Destrucción masiva: Geopolítica del hambre*. Barcelona. Península. 336 pp.

RESUMEN

LA DESGLOBALIZACIÓN Y EL RENACIMIENTO DE LA GEOPOLÍTICA: DE FRANCIS FUKUYAMA A ALEXANDR DUGUIN

Los acontecimientos que han conmovido al mundo en los últimos cinco años: la pandemia del COVID-19 y la Guerra de Ucrania principalmente, han supuesto un cambio radical de los presupuestos en que se basaba la época de expansión y optimismo conocida como Globalización y ha provocado el renacimiento de antiguos planteamientos geopolíticos de enfrentamientos y conflictos por el control del mundo. Este cambio de enfoque en las relaciones internacionales es analizado desde la pers-

pectiva de la Geografía Política, a través de la obra de tres conocidos politólogos: Francis Fukuyama, Robert Kaplan y Alexander Dugin.

Palabras clave: Geopolítica, Globalización, Muro de Berlín, COVID-19, Guerra de Ucrania.

ABSTRACT

DEGLOBALIZATION AND THE RENAISSANCE OF GEOPOLITICS: FROM FRANCIS FUKUYAMA TO ALEXANDR DUGIN

The events that have shaken the world in the last five years: the COVID-19 pandemic and the War in Ukraine mainly, have meant a radical change in the budgets on which the era of expansion and optimism known as Globalization was based and has caused the revival of ancient geopolitical approaches of confrontations and conflicts for control of the world. This change of focus in international relations is analyzed from the perspective of Political Geography, through the work of three well-known political scientists: Francis Fukuyama, Robert Kaplan and Alexander Dugin.

Keywords: Geopolitics, Globalization, Berlin Wall, COVID-19, Ukrainian War.